

PUNTO

ROJO



B&B

EL CANTO DEL CUERVO

keith luger

de

Guy Clyde estaba escribiendo a máquina. Sus dedos golpeaban con ritmo las teclas. Se encontraba solo en la habitación. De pronto el teléfono se puso a sonar. Guy interrumpió su trabajo y alargó el brazo hacia la mesa ratona atrapando el auricular.

—¿Sí? —dijo.

—Guy, ¿eres tú? —Era la voz de su mujer.

—Ah, nena... Ésta sí que es una sorpresa. Te iba a llamar mañana. ¿Cómo te encuentras, Glenda?



Keith Luger

El canto del cuervo

Bolsilibros: Punto Rojo - 6

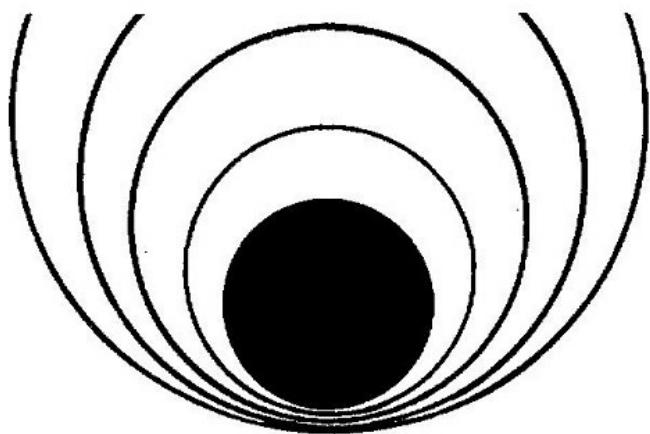
ePub r1.0

xico_weno 05.07.17

Título original: *El canto del cuervo*
Keith Luger, 1962

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





PUNTO ROJO

*Ese que canta es el cuervo, querida, y está esperando. El también
necesita tu sangre. Dásela.
Y yo pondré en tu epitafio:
También de ella fue un cuervo.*
(«Noche negra», de Spencer H. Alem).

CAPÍTULO PRIMERO

Guy Clyde estaba escribiendo a máquina. Sus dedos golpeaban con ritmo las teclas. Se encontraba solo en la habitación.

De pronto el teléfono se puso a sonar.

Guy interrumpió su trabajo y alargó el brazo hacia la mesa ratona atrapando el auricular.

—¿Sí? —dijo.

—Guy, ¿eres tú? —Era la voz de su mujer.

—Ah, nena... Ésta sí que es una sorpresa. Te iba a llamar mañana. ¿Cómo te encuentras, Glenda?

—Guy... Me van a matar.

—¿Cómo?

—Lo han preparado muy bien...

—¿Quiénes lo han preparado?

—Ellos, pero ahora reciben ayuda de Maggie, nuestra sirvienta. La sorprendí hablando por teléfono... Alguien, a la otra parte, le había preguntado qué es lo que hacía, yo, y ella les estaba explicando todos mis movimientos en la casa.

—Tranquilízate, nena.

—No, Guy. No me puedo tranquilizar. Me van a matar, Guy.

—Nadie te va a hacer daño.

—Quiero que estés a mi lado para que me defiendas, Guy. Tienes que impedir que me maten.

Él tragó aire.

—Oye, nena, yo te diré lo que vas a hacer. Toma esos comprimidos que Steve te recetó últimamente. ¿Me oyes?

—Sí, Guy, pero es a ti a quien necesito... Por lo que más quieras, no te demores... Ven ahora mismo... Me van a matar...

—No hay avión para Londres hasta mañana, Glenda. Tomaré el primero.

—Me matarán, Guy... Me matarán. Date mucha prisa...

—Sí, nena. Mañana me tendrás a tu lado. Recuérdalo. Entretanto, debes dormir.

—Te quiero, Guy... Te quiero mucho... No puedo vivir sin ti...

—Yo también te quiero a ti, Glenda. Buenas noches.

Guy Clyde dejó el auricular en la horquilla y quedóse pensativo. Poco después volvió a descolgar.

Pidió una conferencia con Londres y dio el número de Steve Lannigan, el psiquiatra que atendía a su mujer.

* * *

El doctor Steve Lannigan oyó el zumbido del interfono y dio la vuelta a la llave.

—Doctor —oyó la voz de la recepcionista, señorita Sterling—, acaba de llegar el señor Clyde.

—Gracias, Lisa. Hágalo pasar.

Steve apartó a un lado el informe de uno de sus pacientes, que estaba estudiando, y miró hacia la puerta cuando ésta se abría dando paso a su visitante.

—Hola, Guy —dijo Steve saliéndole al encuentro. Los dos hombres cambiaron un apretón de manos.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Steve.

—Vengo directamente del aeropuerto.

—¿Cómo te fue en Escocia?

—Perfectamente.

—¿Terminaste tu nueva comedia?

—Sí. —Guy Clyde sacó la pitillera y se la ofreció a Lannigan, pero éste negó con la cabeza—. Bueno, Steve. Ahora quiero que me hables como siquiatra y no como amigo.

—Ella se encuentra magníficamente bien.

—¿Cuándo la has visitado por última vez?

—Hace dos días.

Guy Clyde encendió un cigarrillo, y mientras exhalaba el humo dijo:

—Entonces, creo que sé algo más que tú —hizo una pausa—. Glenda me llamó anoche. Por eso precipité mi regreso. Necesitaba hacer la corrección del último acto, pero después de escucharla a ella no tuve más remedio que suspender mi trabajo.

El doctor Lannigan cabeceó.

—¿De qué se trata?

—Otra vez ha empezado con lo mismo. —Guy dio un suspiro y dejóse caer en el sillón con aire abatido. Apoyó el codo en el brazo y se masajeó las sienes—. Existe una confabulación contra ella.

—Advertí a Maggie que me tuviera al corriente.

—Maggie no te ha podido poner al corriente porque ella ignora la agravación.

—Ya entiendo. Esta vez Maggie también está metida entre los que se confabulan contra Glenda.

—Si:

—Cuéntamelo todo.

—Glenda me dijo que había sorprendido a Maggie hablando por teléfono. Maggie estaba dando detalles del horario de Glenda. En realidad, mi mujer no agregó mucho más. Lo más importante de todo es que a cada momento decía: «Me van a matar, Guy... Ven de prisa. Me van a matar». Traté de tranquilizarla lo mejor que pude. En cuando colgué, te puse una conferencia, pero me dijeron que estabas en Manchester.

—Sí, tuve que ir para atender un caso grave.

El doctor Lannigan dio unos pasos por el despacho. La voz de Guy sonó ronca:

—Steve, ¿qué vamos a hacer?

—No creo que tenga mayor importancia que la otra vez. Te hablé sinceramente. Glenda padece una neurosis obsesiva. Por fortuna, la pudimos atender a tiempo... Ella respondió muy bien al tratamiento y bastaron un par de semanas para que abandonase esa idea de que sus amigos y hasta familiares se habían puesto de acuerdo para matarla.

—Sí, Steve. Tu intervención fue buena, pero dijiste que podía haber una recaída.

—Estas enfermedades no desaparecen bruscamente. Para producirse necesitan un largo período de incubación, por decirlo de una manera gráfica. Por tanto, la mayoría de las veces también necesitan un largo plazo para ser desterradas por completo.

—¿La verás en seguida?

—No creo que convenga, especialmente si tenemos en cuenta que tú acabas de llegar. Lo importante es que Glenda tiene confianza en ti. Recuerda lo que te dije. Eres su marido, el hombre de quien ella está enamorada y, por tanto, en quien confía. Los

enfermos como Glenda se van apartando poco a poco de las personas que les rodean. Su agravación depende de eso, de que el círculo se vaya reduciendo.

—Me dijiste que si perdía la confianza en mí, la enfermedad habría llegado a su punto más grave.

—Sí, Guy. Si Glenda llega a desconfiar de ti, me temo que estaremos en una situación apurada.

—¿Cuándo llegará a eso?

—Quizá no ocurra nunca.

—Pero puede ocurrir.

—Sí, es posible.

Guy sacudió la cabeza sonriendo amargamente.

—Glenda loca. No lo puedo creer. No, cada vez me resulta más difícil comprenderlo. Ella, tan llena de vida... ¿Cómo se ha podido producir? —Se tocó la cabeza—. ¿Qué es lo que le ha fallado ahí, Steve?

—El día que los siquiátras sepamos por qué se inicia la enfermedad, estaremos a punto de evitar que existan locos.

Guy se echó en el respaldo del sillón.

Era un hombre joven. Acababa de cumplir los treinta y dos años de edad, y poseía un rostro de facciones correctas, varoniles. Era atlético, de fuerte musculatura, cabello rubio.

—Muy bien —dijo levantándose—. Tendré que ir a verla. ¿Debo procurar convencerla de que Maggie no está confabulada contra ella?

—No dediques demasiado tiempo a eso. Trata de mostrarle las cosas tal como son en realidad, pero si insistiese mucho en que Maggie está contra ella, háblale de otra cosa, cambia de conversación.

—Parece fácil, ¿verdad?

—Ahora te olvidas de la persona con quien estás hablando.

—Ah, sí, perdona. Eres un siquiátra, un hombre que está acostumbrado a tratar con enfermos mentales.

Steve Lannigan era un poco más bajo que Guy. Frisaba en los treinta y cinco años de edad y era moreno, de cabello negro, facciones alargadas. Sus padres eran norteamericanos. Había llegado a Inglaterra siendo niño, cuando su padre, perteneciente al Departamento de Estado, había sido destinado a la Embajada de su

país en Londres. Ya no regresó a los Estados Unidos salvo para realizar viajes de estudios, por hospitales y universidades.

Dio unas palmadas en la espalda de Guy acompañándolo hasta la puerta.

—Si tienes algo que decirme, pasaré la noche en mi apartamento.

—Gracias, Steve.

—Mañana, en cuanto pueda, pasaré a ver a Glenda.

CAPÍTULO II

Guy Clyde entró en su casa.

—¡Guy! —Oyó la voz de Glenda.

Su mujer corrió hacia él echándole los brazos al cuello.

Guy la estrechó contra sí y la besó en la garganta y luego en la boca. Sintió cómo se estremecía, y la apartó de sí sonriendo.

—Eh, nena, me lo voy a creer demasiado.

—Te he echado tanto de menos...

Glenda, la esposa de Clyde, contaba veinticinco años de edad y era esbelta, morena, ojos muy grandes, negros, nariz recta y mejillas ligeramente hundidas.

De pronto oyeron pasos por lo alto de la escalera.

Glenda volvió bruscamente la cabeza, y Guy sintió como toda ella se estremecía. Maggie, la criada, esbozó una sonrisa.

—Bienvenido, señor.

—Gracias, Maggie.

—¿Tuvo un buen viaje?

—Sí, Maggie. Todo fue magnífico. ¿Quiere encargarse de mi equipaje?

Maggie hizo una inclinación con la cabeza y se hizo cargo de las valijas, subiendo la escalera.

Apenas hubo desaparecido, Glenda miró a su marido.

—¿La has visto?... Es ella la que lo está preparando todo. Está en combinación con ellos.

—Serénate, querida. Estoy seguro de que Maggie no quiere causarte ningún mal.

—Eso es lo que yo pensaba, Guy. Pero te juro que está con ellos. Desde que tú te marchaste no ha dejado de espiarme, me vigila a todas horas.

—Es normal que te vigile, Glenda. Yo le dije que cuidase de ti.

—Ven, tenemos mucho que hablar.

Guy se dijo que Glenda estaba peor de lo que él había imaginado.

Todo había empezado a ocurrir tres meses atrás, cuando de pronto, una noche, Glenda se despertó gritando que todo lo veía claro. Guy, a su lado, en el lecho, despertó también preguntándole qué ocurría, y entonces ella le dijo que era objeto de una confabulación. Sus más próximas amigas, Helen y Lucille, estaban de acuerdo para matarla.

Guy quedó desconcertado al primer momento. Pensó que Glenda era víctima de una pesadilla, pero poco a poco se dio cuenta de que lo de Glenda era más fuerte que un simple sueño. Al día siguiente llamó en su ayuda a Steve. Nadie mejor que él para convencer a Glenda de que todo eran imaginaciones suyas. Steve y Glenda se conocían desde que eran niños. Luego Steve, a solas con él, le había dado la noticia. Glenda padecía una neurosis obsesiva. Su caso no era grave, pero podría serlo.

En pocos días su mujer adelgazó mucho. Se convirtió en una sombra de la Glenda, hermosa y bella, que había sido siempre, y vagaba por la casa como un fantasma, pero luego sobrevino la reacción. Glenda pareció encontrarse a sí misma. El camino fue lento pero, al cabo de un mes, ella se dio cuenta de que todo lo que había existido en su mente era falso. Nadie se había confabulado contra ella.

Cuando Glenda empezó con su enfermedad, Guy estaba escribiendo una comedia y tuvo que suspenderla. Después, cuando Glenda mejoró, ella misma lo estimuló para que continuase su trabajo, pero él le había dicho que no lo haría hasta el año siguiente. Glenda sabía que el motivo de aquella suspensión era ella misma, por lo que sugirió a su marido que se marchase a la casa de campo en Escocia.

Guy había tratado de convencerla de que prefería estar a su lado, pero al fin, como también tenía deseos de acabar la obra, dio su consentimiento.

Todo había ido bien hasta que el día anterior, Glenda le había hecho una llamada telefónica para anunciarle que Maggie, la criada, también confabulada contra ella.

Volvía a empezar...

Pasaron al *living*, y Glenda se apartó de él para cerrar la puerta.

—Estoy en peligro, Guy.

Guy movió la cabeza en sentido negativo.

—No, Glenda. No lo estás.

—Te aseguro que sí. No me equivoco... Maggie me quiere ver muerta.

—Pero, cariño, tú sabes cuánto te quiere Maggie. Ella sólo desea tu felicidad.

—No, Guy. Eso era antes. Ahora ha cambiado. Ellos le pagan.

—Muy bien. Voy a suponer por un momento que Maggie quiere acabar contigo, ¿por qué no la despediste cuando te enteraste de lo que ella tramaba?

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Me mataría en seguida. Guy la abarcó por la cintura.

—¿Qué podría hacer yo por ti, Glenda? Ella se estrechó contra él.

—Has de estar a mi lado, Guy.

—Me tendrás siempre contigo, querida.

—Si me faltases tú, no podría resistirlo —lo miró fijamente a los ojos—. He pensado lo que haría si tú me faltases.

—¿Qué es lo que harías si yo te faltase?

—Me mataría.

—No debes decir eso... No, Glenda, no lo debes decir.

—Lo siento, Guy, lo siento, pero es la verdad... No podría resistirlo.

—No debes preocuparte por nada, Glenda. ¿Lo recuerdas? Quedamos en que todo eran imaginaciones tuyas. Nadie está contra ti... Todo el mundo te quiere...

—Sólo tú me quieres.

Guy cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Está bien, Glenda.

De pronto, ella, sin ninguna transición, sonrió.

—Oh, Guy, no te he preguntado por tu comedia. ¿La terminaste?

—Sí... Pero será un fracaso como las demás.

—Oh, no, Guy, ya verás cómo es un éxito... Anda, cuéntamela.

—Preferiría que la oyese. La dicté al magnetofón. Eso me recuerda que he de hacer una llamada a Louise para que venga mañana a mecanografiarla.

—¿Quieres que la oigamos juntos después de cenar?

—Me gustaría, pero he de ir a hacer una visita a Paddy Walsh... Ya sabes que Paddy es el único hombre que se atrevería a representar una obra mía. Necesito saber de qué tiempo dispone en su programa.

La joven se mordió el labio inferior.

—Sí, Guy, comprendo.

—Yo te diré lo que liaremos. Después de cenar me llegaré a hablar con Paddy, y tú, mientras tanto, escuchas la comedia... Regresaré en cuanto me sea posible y entonces me das tu opinión.

—Sí, Guy.

La abrazó otra vez.

—Eres una criatura maravillosa, nena.

De pronto llamaron a la puerta y ella se revolvió bruscamente.

—Es Maggie. Nos estaba espiando.

—No, querida. Será Maggie, pero sólo nos interrumpe para decirnos alguna cosa. Guy abrió la puerta y apareció Maggie en el hueco.

—Perdone, señor Clyde. Desearía preguntarle a la señora si podía disponer de esta noche. Una prima mía va a dar a luz y me gustaría estar a su lado.

Guy volvió la cabeza hacia su mujer.

—¿Tienes algún inconveniente, Glenda?

—No, en absoluto. Puede salir, Maggie.

—Gracias, señora. Regresaré temprano.

La sirvienta fue a marcharse, pero Clyde la llamó.

—Maggie.

—Diga, señor.

Guy se masajeó el mentón.

—¿Cuánto tiempo lleva con nosotros, Maggie?

—Veintitrés meses, señor.

—¿Está contenta, Maggie?

—Desde luego, señor —respondió la criada—. He servido en cinco casas, pero nunca me encontré más a gusto que con ustedes.

—Gracias, Maggie. Sólo quería decirle que nosotros también estamos satisfechos de usted.

La sirvienta inclinó la cabeza.

—Puede retirarse, Maggie —dijo Guy.

—Buenas noches, señora Clyde. Buenas noches, señor.

Los pasos de Maggie se alejaron por el corredor hacia el vestíbulo, y Guy se volvió.

—¿Qué piensas ahora, Glenda?

La joven se llevó una mano a la cabeza.

—Creo que soy la más estúpida de los mujeres. Él llegó a su lado y la rodeó con ambos brazos.

—Siempre me he vanagloriado de tu comprensión.

—Oh, Guy... Me temo que no sea yo quien cambie de opinión. Eres tú, tu presencia, la que me hace ver las cosas de distinta forma.

—Entonces, ¿ya no piensas que Maggie... está confabulada contra ti?

La joven quedó en suspenso. Finalmente, movió la cabeza de un lado a otro.

—Tienes razón, Guy. Es ridículo —se puso una mano en la frente—. Tu ausencia ha resultado terrible, aunque me decía que estabas en Escocia trabajando y que lo hacías porque deseas crearte un nombre.

—Sí, Glenda —repuso él mientras sacaba la pitillera—. Quiero ser alguien.

—Pero, Guy... No necesitas el dinero.

—Ya lo sé. Tú lo tienes.

—Soy feliz al compartir contigo cuanto tengo.

—Es una idea magnífica por tu parte, pero yo no puedo vivir siempre con la idea de que soy un parásito.

—Oh, Guy, no lo eres.

—Es lo que piensa todo el mundo de mí. Que me casé contigo por tu dinero. Ella acudió sonriendo a su lado.

—Eres un tonto. ¿Ves? Ahora me toca a mí recriminarte.

—Lo olvidaremos todo —dijo él, y le tomó la barbilla—. Ahora, con tu permiso, quiero tomar un baño.

—Te acompañaré —dijo ella.

Estrechamente enlazados, salieron de la habitación y subieron por la escalera hacia sus habitaciones.

CAPÍTULO III

Glenda se encontraba sola.

Hacía unos minutos que su marido había salido de la casa para ir al encuentro de Paddy, con quien quedara citado por teléfono.

Ante sí tenía el magnetofón que su marido utilizaba para trabajar.

Glenda se sintió ahora mucho más tranquila. Su marido había vuelto con ella. Sí; casi se sentía optimista.

Puso en marcha el magnetofón y echóse sobre el respaldo del asiento para escuchar. Durante una hora estuvo sumergida en el mundo imaginario creado por su marido. Se trataba de una comedia de costumbres en que se fustigaba a la clase alta inglesa. El primer acto era magnífico, un modelo en su género, pero Glenda debía reconocer que el resto de la obra, no estaba a la misma altura. El segundo acto resultaba monótono, y en el tercero, el autor parecía haber deseado acabar cuanto antes.

Ése era el peor defecto de Guy. Los primeros actos de sus comedias siempre eran impecables, pero luego, en la continuación, Guy anegaba a sus personajes en oleadas de verborrea carentes de gracia, y la mayoría de las veces, de sentido.

Resultaba difícil hacer comprender a Guy sus errores. Muchas veces ella había tratado de conseguir de él que reiniciase una comedia en el segundo acto, pero Guy prefería archivar la comedia y escribir otra.

Y la nueva tenía los mismos defectos que la anterior, aquellos defectos que Glenda hubiera querido que él subsanase.

Glenda tenía mucha experiencia con respecto a comedias aun cuando no las escribiese. Su padre, Spencer Travers, había sido una gloria del teatro inglés treinta años antes. Había escrito obras modélicas, comedias que aún hoy día se representaban en todo el mundo. Y recordaba que su padre nunca se cansaba de corregir, y

cuando por sí mismo no descubría un fallo y era otra la persona que se lo comunicaba, Spencer Travers apresurábase a rectificar aquellas escenas que habían merecido una crítica.

La obra había terminado, y la cinta se deslizaba con un sordo zumbido. Recordaba que gracias al teatro había conocido a Guy.

Ocurrió cinco años atrás, uno antes de que muriese su padre. Pasaban el verano en Escocia cuando una mañana, uno de los criados anunció la visita de un joven que deseaba hablar con el señor. Guy Clyde, como tantos otros autores noveles, acudía al maestro buscando protección y consejo. Deseaba que el señor Travers leyese la primera comedia que había escrito.

Por su mente pasó la imagen de su padre junto a la ventana, mientras almorzaban. Dos o tres veces intentó que su padre probase bocado, pero él denegó con un gesto porque estaba sumergido en la lectura de la obra del muchacho.

«Qué lástima», le había oído decir cuando terminó de leer la comedia. Y a preguntas de ella le replicó que se trataba de una obra con un comienzo magnífico, pero con el terrible fallo de que, en su mitad, el argumento languidecía hasta morir.

Igual que ahora. Igual que las tres obras anteriores. Guy seguía teniendo los mismos defectos que su padre había descubierto en la primera comedia.

Pero Guy tenía talento. Claro que lo tenía. Y algún día se daría cuenta de cuál era el verdadero camino. Entonces, estaba segura, Guy Clyde escribiría su nombre entre los grandes comediógrafos ingleses.

Se echó hacia adelante para detener el magnetofón cuando de pronto oyó una voz.

—Hola, querida. Has tardado mucho.

Era la voz de Clyde. Y salía del magnetofón.

—No pude venir antes, Guy.

Una mujer había hablado. Una mujer había replicado a Guy.

—Estás más hermosa que nunca —dijo él.

Luego hubo una pausa, y Glenda sintió un escalofrío por la espalda porque tuvo la impresión de que ellos se estaban abrazando.

«Oh, no», movió la cabeza de un lado a otro. No estaba escuchando nada. De aquel magnetofón no habían salido aquellas

voces.

Se cogió la cabeza con las manos. Era producto de su imaginación. Alargó la mano y cerró el circuito.

La sala quedó sumida en un silencio interrumpido por su propia respiración.

¿Qué le ocurría? Se estaba volviendo loca. Eso era lo único que le pasaba. Sí, no había ninguna duda. Había comenzado por creer que el mundo estaba contra ella. Lucille, Helen, todas sus antiguas amigas se habían confabulado para matarla. Pero más tarde llegó a la conclusión de que era una idea absurda, algo que sólo existía en su cerebro.

Después se marchó Guy a Escocia. Y otra vez había vuelto a pensar en lo mismo. Ellos la odiaban. La querían ver muerta. Pero esta vez tenían una colaboradora. Era Maggie.

¡Oh, no! Maggie era una buena chica.

Era su cerebro, su mente enferma la que inventaba aquellas cosas.

Y una prueba de ello era que ahora acababa de inventar unas voces, la de Guy y la de aquella mujer desconocida a quien él había llamado «querida».

Ese diálogo era una pura fantasía.

Se apretó las manos sobre el estómago mirando el magnetofón.

Bueno, lo podía saber en seguida. Bastaría con que pusiese en marcha el dictáfono. Era la mar de sencillo. Entonces quedaría convencida.

Observó que su mano temblaba cuando se acercaba al botón, y la retiró muy aprisa. Permaneció inmóvil.

De pronto oyó un ruido y lanzó un grito.

Era el reloj de pared que había empezado a desgranar las horas.

Sí; estaba sola, pero eso no era ninguna justificación para que hubiese dado rienda suelta a sus pensamientos.

Guy había regresado de Escocia. Otra vez lo tenía consigo y no tardaría mucho en aparecer después de celebrada su entrevista con Paddy. Ésa era la realidad, la única. Bueno, ¿por qué tenía miedo?

Ahora, sin vacilar, puso en marcha el magnetofón e hizo retroceder la cinta. La detuvo nuevamente. Hizo que pasase con normalidad. Volvió a oír la voz de Guy dictando la última escena de la comedia.

Cerró los ojos y lanzó un suspiro de alivio. Sus labios esbozaron una sonrisa sintiéndose arrullada por las palabras de su marido.

Guy dijo la última frase tras la que debía caer el telón.

Se dio cuenta de que un sudor frío le bañaba el cuerpo mientras la cinta continuaba deslizándose, sin producir otro ruido que aquel suave runruneo.

Allí quedaba demostrado. No había lugar a dudas. Había sido ella, ella misma quien había hablado por boca de Guy.

Estuvo tentada de cerrar el circuito, pero luego decidió que la cinta siguiese pasando. Estaba satisfecha de haber hecho aquella comprobación. Debía tener cuidado. Lo oyó decir a una conferenciante. La mente es algo sumamente delicado, como una maquinaria compuesta de minúsculas piezas. Cualquier fallo de una de ellas podía provocar un desorden psíquico.

—Hola, querida. Has tardado mucho. Sintió que el corazón le daba un vuelco.

—No pude venir antes, Guy. Y se produjo el silencio.

Lanzó un chillido, y por un momento creyó que había brotado del magnetofón, pero se dio cuenta de que había salido de su garganta.

«Dios mío, es Guy. No son imaginaciones mías. Ha sido él quien ha hablado, y con él hay una mujer, y ahora se están besando y por eso callan...».

Se echó hacia adelante, escuchando otra vez a Guy.

—Tengo que marcharme, Kathy.

Se llamaba Kathy. ¿Cuál de ellas? ¿Katherine Miller? ¿O sería Caty Perkins...?

—Oh, Guy... ¿es que nos vamos a separar ahora?

No; aquella voz no era la de Katherine Miller ni la de Caty Perkins. Estaba segura. Conocía bien la de sus dos amigas. Era otra mujer.

—Mi mujer me necesita —dijo Guy.

—¿Qué se le ha ocurrido a esa chiflada?

—Figúrate. Dice que la van a matar, Ella se echó a reír.

—Entonces, no hace falta que te des prisa. Que la maten, y así podrás asistir a su entierro.

—No estaría mal.

Sí; era Guy quien había dicho eso. Su esposo. El hombre que

amaba, el que había elegido para compartir su vida...

—¿Te lo imaginas, Guy? —dijo la mujer—. Tú, viudo, con doscientas cincuenta mil libras esterlinas. ¡Qué gran partido!

—Es algo tan maravilloso que no puedo creer que llegue a ser realidad.

—¿Por qué no?

—Nadie va a matar a mi mujer. Es una idea obsesiva suya. Empezó metiendo a todas sus amigas. Por unos días tuve la esperanza de que se volviese loca, pero ese estúpido amigo suyo, Steve Lannigan, se mezcló por medio y la fue arreglando poco a poco.

—Siempre hay entrometidos para echarlo a perder.

—Ahora dice que es la criada.

—¿La criada?

—Sí, Maggie. Una chica que no tiene un gramo de malicia. Según Glenda, Maggie está de acuerdo con sus enemigos para acabar con ella. He tratado de serenarla y le he dicho que regresaré mañana en el avión de Londres.

—¿Qué piensas hacer?

—Hablaré con Steve, nuestro siquiatra. Él se llegará a casa, le dará cualquiera de esos modernos comprimidos y la pondrá otra vez en condiciones.

—Guy...

—Sí, nena.

—Estaba pensando. En tu mujer, naturalmente. ¿No hay posibilidad de encerrarla?

—Lo de ella no es demasiado grave. Se trata de un trastorno temporal. Steve es un buen siquiatra, uno de los mejores. Ya requieren sus servicios de todo el país.

No hay temor a que se equivoque. Podría ir a peor, pero ¿sabes una cosa? Mi presencia a su lado mejora mucho a mi mujer. Ya verás, en cuanto llegue, se pone buena.

—Entonces, queda la otra solución.

—¿La otra? Sí, creo que te entiendo. A veces también lo he pensado. Ya que está a punto de volverse chiflada, debo hacer todo lo posible para que efectivamente enloquezca.

—No, Guy. No me refería a eso. Resultaría demasiado complicado y tu mujer podría resistir mucho. Dicen que el ser

humano soporta hasta límites insospechados. Me refería a... a su muerte.

Glenda sintió que estaba clavando sus uñas sobre los muslos.

«No, Guy. Dile que no. Dile que no quieres que yo muera. Dile que está equivocada, que me quieres... Tú no puedes vivir sin mí. Anda, Guy, ¿qué estás esperando? Díselo, por lo que más quieras».

—No estaría mal —oyó que decía Guy. Glenda se sintió desfallecer.

—Pensemos en ello, querido.

—¿Matarla?

—No seas tonto, Guy. En las actuales circunstancias, puesto que ella toma muchos comprimidos, te resultaría la mar de fácil.

—¿Qué me dices de la autopsia?

—Si las cosas se hacen bien no es necesario la autopsia. He estudiado un curso de enfermera. Conozco procedimientos para quitar de en medio a un ser humano sin que exista el menor peligro. ¡La de veces que me he reído viendo esos films y comedias en que hablan del crimen perfecto! Sí, querido. Vosotros, los escritores, tenéis muy poca imaginación... Matar es más fácil de lo que la gente supone.

—Cariño, ¿por qué no hemos hablado de eso antes?

—Tenía miedo de que me aborrecieses.

—Pero, Kathy, ¿cómo podría aborrecerte si eres la criatura más deliciosa del mundo?

—Te pareceré mucho mejor cuando tengamos esas doscientas cincuenta mil libras de la herencia.

—Anda, dulzura, dime cómo he de matarla.

—Sí, Guy, te lo diré. Pero no ahora. Faltan muchas horas para que tengas que tomar el avión.

—Sí, Kathy. Quedan muchas horas...

La cinta se siguió deslizando, pero ya ninguno de los dos dijo nada.

CAPÍTULO IV

No supo cuánto tiempo había transcurrido. Lo mismo podía haber sido un minuto que un siglo, porque había perdido la noción del tiempo.

No; ya no podía tener ninguna duda acerca de lo que había oído en la cinta. Era su esposo, Guy. Y ella una mujer llamada Kathy. Los dos eran amantes.

Acabó la cinta sin que volviesen a hablar.

Puso los otros dos carretes que Guy había llevado consigo a Escocia, pero en ninguno de ellos había quedado transcrita la menor conversación. Aquélla era la única prueba que tenía de la infidelidad de Guy. Y había algo más que esta vez no existía en su imaginación. Sí; Guy y aquella Kathy, los dos juntos, se habían confabulado para matarla. Cada una de las piezas de su mente estaban en su sitio y todas se movían al mismo ritmo. No era una invención suya.

Santo cielo, tenía que pedir ayuda.

Steve, Steve Lannigan era el hombre con quien ella tenía que hablar inmediatamente. Se puso en pie y acercóse a la mesa. Descolgó el auricular mientras ponía el dedo en el dial.

Quedó paralizada al no escuchar el tono. Golpeó la horquilla repetidamente.

No; tampoco había tono.

Marcó al azar unos cuantos números con el mismo resultado.

El teléfono estaba averiado, pero ¿por qué? A mediodía había hecho una llamada al supermercado para encargar unas cosas. Lo recordaba perfectamente.

¿Qué ocurría? ¿Por qué había surgido aquella avería de pronto? Sintió un escalofrío por la espalda. Sólo quería decir una cosa.

Guy se había marchado para ver a Paddy, pero ¿quién le decía a ella que eso era cierto?

Guy la iba a matar ahora. Quizá ya estaba dentro de la casa acercándose sigilosamente a la puerta.

Lanzó un grito mientras se volvía, porque estaba dando la espalda a la entrada.

Vio la puerta cerrada y el pomo completamente inmóvil, pero escuchó un ruido y tardó algún tiempo en darse cuenta de que eran sus bronquios los que lo producían.

Sí; Guy debía estar allí, detrás de la puerta.

Retrocedió asustada, y sus pies golpearon contra la mesa. Estuvo a punto de perder el equilibrio.

Al fin encontró la pared en su camino y ya no pudo retroceder más. Tragó saliva.

—¡Guy! —llamó.

No obtuvo respuesta.

Bueno, tenía que salir de aquella casa. Tenía que escapar antes de que la matasen. Steve la ayudaría.

Pero necesitaba salir de aquella habitación.

Echó a andar despacio, desligándose siempre junto al muro. En el camino alcanzó su bolso.

Al fin alargó la mano y dio un tirón abriendo la puerta.

Lanzó otro grito porque esperaba ver a Guy en el hueco, pero fuera no había nadie.

Miró el vestíbulo envuelto en la penumbra y más allá el corredor que conducía a la cocina, la escalera central a la derecha, cuya parte superior estaba envuelta en sombras.

—¡Guy! —llamó.

De pronto oyó un crujido y le pareció como el cuero de un zapato.

Se llevó las manos a la garganta, sintiendo que el corazón golpeaba en su pecho.

—Guy, por lo que más quieras... No lo hagas. ¡No lo hagas, Guy! Sé que estás ahí... Contéstame, Guy.

No oyó nada y siguió esperando llena de angustia.

Entonces caminó despacio mirando por el rabillo del ojo a todas partes, hacia la escalera, al hueco del fondo por donde se llegaba a la cocina.

Detúvose en el vestíbulo, observando la puerta que se interponía entre ella y la libertad.

Cinco pasos más y lo habría logrado. Uno. Dos. Tres...

Quedó inmóvil otra vez, haciendo acopio de fuerzas.

Al fin terminó de recorrer la distancia que la separaba de la puerta y abrió de golpe. Una figura envuelta en la oscuridad estaba ante ella, en el porche.

Lanzó un grito de horror.

Aquel hombre tenía la misma talla de Guy.

—¡No! —exclamó ella.

—Buenas noches, señora.

Se quedó con los ojos muy abiertos. No; no era la voz de Guy.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Perdone, mi nombre es Flip Markon. Me encuentro sin trabajo, señora...

—Lo siento, yo...

—Pensé que podrían necesitar me para recortar la hierba del jardín.

—No, gracias.

—Le iba a costar muy poco, señora.

—Me tengo que marchar.

—Sólo la comida, señora...

Glenda abrió el bolso y nerviosamente extrajo unas monedas.

—Tome, para usted.

—¿Cuándo quiere que empiece?

—No, señor Markon, no quiero que corte la hierba. Por favor..., váyase.

—Como usted guste, señora. Muchas gracias.

El hombre que se encontraba sin trabajo dio media vuelta y descendió los peldaños de la escalera encaminándose a la verja del jardín.

Glenda lo estuvo observando mientras recuperaba la serenidad. La figura se perdió en la niebla que lo rodeaba todo.

De pronto, Glenda se dijo que podía haberse marchado con el señor Markon. Guy la podía estar esperando en cualquier rincón.

—¡Espere! —gritó. Podría ir con él hasta encontrar un taxi. Le daría otras monedas. Cerró la puerta tras de sí y echó a correr.

—¡Espere, señor Markon!

Abrió la cancela y de pronto algo tironeó de su falda.

Se revolvió lanzando un chillido, pensando que las manos de

Guy la habían aprisionado. Pero sólo era que la falda se le había enganchado en el rosal de la entrada.

Dio un tirón de su vestido y salió a la acera.

El señor Markon había doblado a la derecha. Era imposible que hubiera recorrido más de diez yardas. Tenía que haberla oído cuando lo llamó. ¿Por qué no se había detenido?

—¡Señor Markon! —repitió.

Se quedó esperando oír la voz del hombre que había socorrido. A lo lejos oyó unos pasos que se alejaban.

—¡Señor Markon! ¡Por favor, espere!

Los pasos se fueron alejando cada vez más hasta que por fin todo quedó envuelto en un profundo silencio.

A cincuenta yardas había una parada de taxis. Sólo tenía que llegarse allí y todo habría acabado.

Cincuenta yardas.

Pero ¿y si Guy la estaba esperando en el camino? Empezó a andar despacio, sin prisa.

Recorrió diez yardas y de pronto oyó unos pasos a su espalda. Se detuvo escuchando.

Sí; alguien caminaba detrás de ella. Echó a andar más aprisa.

Aterrorizada, oyó que la persona que venía detrás de ella también apresuraba el paso. Casi echó a correr, pero le faltaba aire para respirar. No podía más.

Tenía que hacer un esfuerzo o Guy la alcanzaría.

De pronto, una mano la atrapó por el hombro, y ella giró a punto de lanzar un grito, pero se detuvo observando la cara de Jimmy, el hijo mudo de la señora Smitty, la dueña de la herboristería donde ella se surtía.

Jimmy emitió unos sonidos guturales y levantó la mano. En ella había un pañuelo. Glenda lo reconoció como suyo y lo cogió con mano temblorosa.



—¡Me van a matar!

El mudo, cuyos ojos estaban perpetuamente desencajados, movió la cabeza de arriba abajo. Luego se quedó inmóvil, mirándola, como siempre.

Ella lo había sorprendido más de una vez examinándola con deleite. Sentía lástima por aquel hombre, pero al propio tiempo lo temía. Sabía que el mudo estaba enamorado de ella.

—Buenas noches, Jimmy —se despidió de él.

Pero Jimmy se quedó quieto y miró a un lado y a otro como si quisiese asegurarse de que se encontraban solos.

Entonces, ella dio media vuelta y echó a andar, pero no lo hizo

muy aprisa. Pensó que si demostraba a Jimmy que tenía miedo, él la seguiría.

Durante unos segundos no oyó sus pasos, pero de pronto, Jimmy echó otra vez a andar. ¡Y la estaba siguiendo!

¡Dios mío, qué lejana le parecía ahora la parada de taxis!

Jimmy continuaba andando tras ella, pero no hacía mucho por alcanzarla. De pronto se encontró en la parada, pero allí no había ningún taxi. Mordióse con fuerza el labio inferior.

Volvió la cabeza a la izquierda y vio a Jimmy que llegaba ya a su lado. Le pareció que sus ojos estaban más desencajados que nunca.

Lo miró como hipnotizada cuando él se detuvo. Jimmy abrió la boca sonriente, enseñándole los dientes muy separados.

—Hace una noche muy fría, Jimmy. El mudo sacudió la cabeza.

—¿Cómo está tu madre, Jimmy? El otro día no se encontraba muy bien de su gota. El mudo permaneció inmóvil.

Glenda sintió un escalofrío al notar que los ojos de él la estaban observando pulgada a pulgada. Entonces se apresuró a decir.

—¿No has visto a mi marido, Jimmy?

El mudo alzó rápidamente los ojos: Sus labios se crisparon en una mueca de crueldad. Sacudió la cabeza bruscamente.

—Debería estar aquí —mintió ella—. Quedamos citados. ¿No lo ves, Jimmy?

Pero Jimmy no se molestó en mirar a su alrededor. Había mucha niebla y los dos estaban casi envueltos en la oscuridad, porque la luz del farol era mortecina.

—Apuesto a que llega antes de un minuto. Bueno, Jimmy, gracias por haberme acompañado. No debes esperar más. Seguramente, tu madre te echará de menos... Es muy tarde.

Pero el mudo continuó en el mismo lugar. Y de pronto alargó una mano.

Glenda fue a retirarse, pero los dedos de él la sujetaron por la muñeca.

En ese momento se oyó el zumbido de un motor. Dos focos cruzaban por la calle.

—¡Taxi! —gritó Glenda.

El coche se desvió bruscamente de su carrera, acercándose al bordillo de la acera. Un brusco frenazo, el chirrido de unos

neumáticos y el coche se detuvo.

Un hombre dijo en el interior:

—¿Taxi, señora?

Glenda miró a Jimmy, el cual continuaba sujetándola por la muñeca.

—Adiós, Jimmy.

El mudo titubeó unos instantes, pero al fin la dejó libre.

Glenda se metió en el coche y dio al conductor la dirección de Steve Lannigan.

CAPÍTULO V

Steve Lannigan interrumpió la lectura del libro al oír el timbre de la puerta. Justamente aquella noche había dejado libre a su criado Portway.

Apenas hubo abierto la puerta, vio que Glenda se lanzaba en sus brazos.

—Steve... Steve... Me van a matar. Steve la apretó contra sí.

—Pero, Glenda... ¿Qué te pasa? —Steve observó el pálido rostro de la joven—. ¿Y Guy? ¿Cómo no ha venido contigo?

—Es él, Steve.

—¿Qué quieres decir?

—Es Guy quien me quiere matar.

Steve sonrió aun cuando allá en su fondo sintió una profunda amargura. La experiencia le había enseñado que aquella clase de enfermos siempre tenían una persona en la que confiaban hasta la última hora, y en el caso de Glenda esa persona era su esposo. En cuanto creyese que Guy también se había confabulado contra ella, forzoso sería sacar la conclusión de que la joven se encontraba en el último grado de su neurosis obsesiva. A punto de volverse loca.

—Pasa, Glenda.

—¿Es que no me crees?

—Claro que te creo.

Glenda se introdujo en el apartamento moviendo los dedos nerviosamente sobre el estómago.

De pronto se volvió bruscamente hacia él.

—Ya sé, Steve. Crees que también son imaginaciones mías... Lannigan fue hacia la mesa donde estaba la pitillera.

—¿Un cigarrillo?

—Contéstame, Steve. Lo crees, ¿verdad? Piensas que es otra faceta de mi manía persecutoria.

—Está bien, admitiré todo lo que quieras decirme.

—No me trates como una loca. No lo soy.

—¿Quién dice que lo seas?

Glenda se pasó una mano por la frente mientras decía:

—Al menos todavía no lo estoy.

Steve encendió un cigarrillo mientras observaba atentamente a su visitante.

—¿Dónde está Guy?

—Fue a hablar con Paddy con respecto a su obra.

—¿Qué ha pasado entre vosotros?

—¡Oh, Steve, no lo comprendes! Entre Guy y yo no ha pasado nada. Quiero decir que no ha habido ninguna discusión.

—Entonces, ¿qué te hace suponer que te va a matar?

—Él mismo lo ha dicho... Oh, Steve, es terrible... Mi propio esposo quiere que muera. Lannigan no dijo nada.

—¿Es que no me oyes, Steve?

—Sí, te escucho.

—Guy y la otra mujer están decididos a matarme.

—¿La otra mujer?

—La amante de Guy. ¿Cómo se llama? —Glenda se apretó las sienes—. Oh, sí, Kathy...

—Quiero que te sientes, Glenda.

Pero la joven se había quedado inmóvil con la vista fija en un punto de la pared.

—Es algo monstruoso, Steve... Después de tanto tiempo me he dado cuenta de que Guy no me quiere. ¿Me oyes? No me quiere... ¡Oh, Steve, no podré resistirlo!... No puedo.

Steve abrió un cajón y sacó de él un tubo de comprimidos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Quiero que te tomes esto.

—Ya sé, como aquella vez, para que duerma.

—Sí.

—He de calmar mis nervios.

—Sí, Glenda. Te hace falta.

—No me crees. Piensas que lo que escuché en la cinta magnetofónica es producto de mi imaginación.

—¿Una cinta magnetofónica?

—Sí, en el dictáfono que emplea Guy. La conversación entre él y esa Kathy está allí, en la cinta.

Steve la miró con prevención.

—Supongo que habrás traído contigo la cinta, ¿eh? Ahora la pasaremos en mi magnetofón y yo escucharé todo eso de que Guy y Kathy están preparándose para matarte.

La joven se quedó con la boca abierta.

—No, Steve. No la traigo.

Lannigan dio un suspiro. Todos los enfermos que se creían objeto de una confabulación procedían de igual forma. Nunca había una prueba.

—Steve, me olvidé —se cogió la cabeza con las manos—. ¿Por qué no tomé la cinta? Santo cielo, tienes razón, Steve. Debí traerla.

—Bueno, no te preocupes. Ya la traerás en otro momento —dijo Steve. Y cogiendo una jarra que había en la bandeja vertió agua en un vaso—. Ahora te tomarás los dos comprimidos que te voy a dar.

Caminó hacia ella con el vaso en una mano y los dos comprimidos en la palma de la otra.

Glenda retrocedió.

—¡No me tomaré eso!

—Es necesario, Glenda.

—Oye, Steve. La cinta está allí, en mi casa.

—Sí, claro.

—Te digo que está. Es cierto. La transcripción fue hecha indudablemente sin que Guy se diese cuenta. Después de terminar su comedia debió olvidar el magnetofón y allí ha quedado impresa la conversación que sostuvo con su amante.

—Y lo has oído en tu casa.

—Sí. Cuando Guy se marchó a ver a Paddy. Debemos darnos prisa, Steve. Hemos de ir allí para oírlo antes de que llegue él.

—Tengo mi coche abajo —dijo Steve.

Steve no creía nada de lo que le había dicho Glenda, pero debía acompañarla a su casa.

—Prométeme que tomarás los comprimidos cuando hayamos hecho la verificación.

—Sí, Steve —de pronto hizo una pausa—. Pero no podré quedarme allí.

—¿Cómo?

—No puedo permanecer bajo el mismo techo que Guy. ¿O es que has pensado que iba a pasar la noche allí?

—Desde luego, Glenda. Te llevaré a un hotel.

—Gracias, Steve. No sé lo que haría si no te tuviese a ti.

Steve sonrió. Aquella era la mujer de su vida. La había empezado a querer muchos años atrás, cuando casi eran niños, y aquel amor que sentía por ella había ido creciendo poco a poco. Muchas veces creyó ver en Glenda una correspondencia. Pero de pronto apareció Guy y todo acabó.

Seguía pensando en ello mientras el coche se deslizaba muy despacio por la calle, porque la niebla se había espesado y apenas se veía a más de una yarda.

De pronto sintió que la mano de ella se posaba sobre la suya.

—Steve.

—¿Sí, Glenda?

—Estaba pensando en esa Kathy. ¿Quién puede ser?

—¿No reconociste su voz?

—Al principio pensé que sería una de mis amigas, pero lo deseché cuando la escuché un rato.

—Bueno, Glenda. Llegaremos muy pronto y entonces saldremos de dudas.

—Sí, Steve.

Miró la mano de ella, que lo apretaba firmemente, y recordó que aquella mujer pertenecía a otro hombre.

Al cabo de unos veinte minutos llegaron a su destino, la casa de Glenda. Steve frenó junto al bordillo de la acera.

Los dos saltaron fuera.

Glenda sacó la llave del bolso y abrió la puerta de la casa. El vestíbulo estaba iluminado tal como ella lo dejó.

Pasaron al salón.

Todo continuaba igual. El magnetofón estaba allí, con el rollo de cinta en su sitio.

—¿Es ésta? —preguntó Steve.

—Sí.

—Bueno, oigamos la conversación.

Glenda maniobró los mandos del magnetofón, y la cinta comenzó a deslizarse. Los dos estaban de pie.

Se oyó la voz de Guy.

—La vida nos proporciona estas amarguras, Lizabeth... Glenda dijo:

—Está terminando la comedia.

Steve sacudió la cabeza escuchando atentamente. Se siguió oyendo la voz de Guy durante un rato.

—No, Lizabeth. No cuentes conmigo. Para eso, no. Adiós.

—Ése es el final —apostilló Glenda—. Ahora viene.

La cinta empezó a deslizarse sin producir ningún ruido. El tiempo se desgranó lentamente.

Steve alzó los ojos mirándola.

—No oigo nada. ¿Y tú?

—Claro que no. Tampoco yo oigo nada. ¡Dios mío, no puede ser!

—Cálmate, Glenda.

Y de pronto se oyó otra vez la voz de Guy.

—Ah, Kathy, es usted.

—Perdone, señor Clyde, pero me quedé sin azúcar. ¿Podría prestarme una poca? Era una voz de mujer.

Glenda agrandó los ojos mientras escuchaba.

—Bueno —dijo Steve— resulta que es cierto. Ahí están tu marido y Kathy.

—Pero, Steve, no es eso...

Mientras tanto, Guy había dicho a su visitante que le podía ofrecer azúcar, y tras un silencio, oyeron unos pasos.

—Aquí la tiene, Kathy.

—Tomaré alguna.

—¡Oh, no! Llévase el azucarero. Yo estoy bien provisionado.

—Es usted muy amable, señor Clyde, es una suerte tenerlo por vecino.

—A propósito, me he de marchar mañana.

—Creí haberle oído decir que estaría una semana más.

—Sí, también lo pensaba yo, pero mi mujer me ha hecho una llamada desde Londres. Se encuentra un poco... decaída, y he de acudir a su lado.

—¡Cuánto lo siento! Mi marido y yo lo echaremos mucho de menos, señor Clyde.

—Gracias, Kathy. Quizá vuelva dentro de unas semanas y esta vez traeré a mi mujer. Estoy seguro de que ella se sentirá encantada cuando la conozca.

—Le deseo un buen viaje, señor Clyde, y espero que encuentre mejorada a su mujer.

—Gracias, Kathy.

—Hasta la vuelta.

Se oyeron pasos y una puerta se cerró.

La cinta empezó a deslizarse sin que se oyese ninguna voz.

—¡Steve! —gritó Glenda—. ¡No era eso!

—¿No?

—Te juro que no.

—¿Has reconocido la voz?

—Es la que escuché antes.

—Me refiero a si conoces a Kathy.

—No. No sé quién es, pero está claro. Es su amante, y Guy está de acuerdo con ella para matarme.

—No he oído que dijiesen nada contra ti. ¿Quieres que vuelva a pasar la cinta?

—No, Steve. No hace falta.

Glenda paseó por la estancia, los puños apretados sobre el estómago. Se detuvo mirando a Steve.

—Sólo significa una cosa. Guy estuvo aquí antes.

—¿Cuándo?

—Cuando yo me marché. ¿Lo entiendes? —Dirigió una mirada temerosa a la estancia —Me estuvo espiando —de repente señaló el magnetofón—. Cambió la cinta... La cambió.

—Sí, Glenda, pero ahora me vas a obedecer.

—¿Qué dices?

—Tomarás los comprimidos y te vas a ir a la cama.

—¡No!

Steve se acercó a ella.

—Glenda, soy tu doctor.

—Sí, Steve.

—Quiero ponerte buena, ¿lo entiendes? Pero has de ayudarme. No existe tal confabulación. Guy te quiere. Es tu marido... Esa cinta que acabas de pasar es una prueba más de su amor por ti. Ha venido en seguida, en cuanto tú lo llamaste. Su conversación con Kathy es un diálogo completamente normal. No son amantes. Ella sólo es una nueva vecina. El propio Guy ha dicho que te presentará a ella cuando vayáis allí. ¿Lo oyes?

—¡No, no, no!...

Steve la tomó por los brazos.

—Glenda, todo eso sólo ha existido en tu imaginación... Glenda movió la cabeza.

—¡Oh, es horrible, horrible!... Siento punzadas en el cerebro...

—Tienes que acostarte. Cuando estés en la cama te tomarás los comprimidos.

—No, Steve. No puedo quedarme.

—¿Por qué no?

Ella fue a repetir los argumentos con respecto a la primera conversación que había escuchado en el magnetofón, pero se interrumpió. ¿Y si fuese verdad que, ella no había escuchado nada? ¿Y si todo fuese producto de su imaginación? Kathy se había llegado solamente para pedir azúcar, y Guy se la había dado. Luego, los dos habían hablado del próximo retorno de Guy a Londres. Así estaban las cosas. El romance entre él y Kathy no había existido. Era una pura imaginación suya. Guy y Kathy no habían decidido matarla; por el contrario, habían sostenido una conversación amistosa, propia de dos vecinos.

—Está bien, Steve —dijo.

Lannigan la tomó por el brazo y ambos salieron de la habitación. Subieron la escalera, y poco después se introducían en la alcoba de ella.

Glenda se metió en el cuarto de baño, y al poco regresó cubriéndose con un batín porque ya se había desvestido.

—Steve...

Lannigan la miró enarcando las cejas.

—¿Crees que estoy muy mal, Steve?

—En absoluto.

Glenda lo miró a los ojos y vio que en él existía una gran duda.

Se acercó a la cama y se quitó el batín. Después de acostarse ella, Steve pasó al cuarto de baño y volvió con un vaso de agua en la mano.

Glenda ingirió los comprimidos y dejó descansar la cabeza sobre la almohada.

Steve le subió el embozo, y al verla con los ojos cerrados sintió deseos de inclinarse sobre ella y besarla en los pálidos labios.

Sí, él era su médico, pero hubiese querido ser algo más.

—No te vayas, Steve —oyó que le decía.

—No, no me iré.

Esperó unos diez minutos, al cabo de los cuales observó que Glenda se había dormido. Entonces dio un suspiro y salió de la habitación.

Estaba bajando la escalera cuando se abrió la puerta de la calle, y Guy Clyde entró en la casa.

El esposo de Glenda cerró la puerta, y al volverse quedó inmóvil viendo a Lannigan.

—¿Tú, Steve?

—Hola, Guy.

—Dijiste que no pasarías por aquí hasta mañana.

—Sí, Guy, pero ha sido necesario. Glenda vino a por mí.

—¿Qué?

—¿Podemos hablar?

—Claro que sí. Pasaron al *living*.

Steve miró hacia el dictáfono y se dejó caer en un sillón.

—¿Y Glenda? —^preguntó Guy.

—No te preocupes. Duerme.

—¿Está bien?

—De eso quería hablarte.

—Bueno, te escucho.

—Siento darte malas noticias, Guy. En fin, ella desconfía de ti.

—¿Qué dices?

Steve contó a Guy todo lo que había sucedido desde que Glenda llegó a su casa, así como la prueba que habían realizado pasando la cinta en el dictáfono.

Cuando hubo terminado, Guy se puso una mano sobre los ojos.

—Dios mío...

—Comprendo tu situación, Guy, pero debes hacerte cargo de que Glenda no raciocina como una persona normal.

—Sí, eso yo lo sé, pero ¿cómo ha podido ella pensar que puedo hacerle el menor daño? —Miró al siquiatra—. ¿Te das cuenta, Steve? La quiero por encima de todas las cosas de este mundo...

—Lo sé, Guy, lo sé, pero los enfermos son así.

—Entonces..., ¿qué va a pasar ahora?

—Tengo esperanzas de qué supere la crisis.

—Pero la encerrarás, Steve. Tú la encerrarás y eso será para mí un tormento.

—No, Guy. No la internaremos.

—¿No?

—Ella misma ha admitido la posibilidad de que esté equivocada, de que esa conversación entre tú y tu vecina haya sido producto de su fantasía. Es un buen síntoma. Si Glenda hubiese insistido en que en la cinta existía el primer diálogo, habría dado orden de recluirla.

Guy Clyde movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, Steve, es un descanso.

—Pero no quiero que te muestres optimista.

—¿Crees, entonces, que hay peligro de que vuelva a creer que yo soy un asesino en potencia, de que esa Kathy y yo somos amantes?

—Sí, Guy. Y debes estar preparado para ello. Guy le enseñó las palmas de las manos.

—Bueno, Steve, ¿qué puedo hacer?

—Trátala con el mayor cariño.

—¿Crees necesario darme ese consejo?

—Perdóname. Ya sé que la quieres mucho, Guy.

—Sí, la quiero y no sé cómo podría pasar sin ella. Steve se puso en pie.

—Mañana os haré una visita. Ya te advertí que en estas enfermedades hay que tener mucha paciencia.

—Tendré toda la que sea necesaria.

Guy acompañó a Steve hasta la puerta de la calle.

—Se me está ocurriendo una idea, Steve.

—¿A cuál te refieres?

—Quizá me resultaría fácil traer aquí a Kathy, ya sabes, a mi vecina... Esta mañana, cuando me dirigía al aeropuerto, la encontré a la puerta de su jardín, y al despedirnos me dijo que seguramente mañana o pasado se llegaría a Londres. Me dio el número de su teléfono.

—Comprendo. No me parece mal. ¿Cómo es ella?

—¿Kathy? Ah, una señora de unos sesenta años, pelo blanco, ojos pequeños. Me llega por más abajo del hombro y pesa sus buenos noventa kilos, pero es una de las personas más simpáticas que he conocido en mi vida.

—Está bien, Guy. Llámala cuando venga, pero no adviertas de ello a Glenda. Tampoco le digas que te he informado de sus sospechas respecto a ti.

—De acuerdo, Steve.

Se estrecharon la mano, y Steve salió de la casa.

Guy mantuvo la puerta abierta unos instantes hasta que el coche de Steve se puso en marcha y desapareció tragado por la niebla.

Entonces cerró la puerta. Los músculos de su cara se atirantaron mientras miraba a lo alto de la escalera.

Echó a andar despacio y ascendió los peldaños con la misma lentitud.

Al llegar ante la habitación de Glenda abrió la puerta mirando hacia el interior. Su mujer dormía.

Permaneció un rato inmóvil, observándola.

Finalmente, dio media vuelta y encaminóse a su dormitorio.

CAPÍTULO VI

Un cuervo negro estaba sobre una calavera picoteando las cuencas vacías. Ella trató de espantarlo, pero el cuervo la miró con ojos malignos.

Glenda lanzó un chillido y despertó bañada en sudor.

—¿Qué te pasa, querida? —Oyó la voz de Guy.

Miró delante de su cama, donde debía estar el cuervo. Pero estaba él, Guy, anudándose el cordón del batín.

Glenda, respirando entrecortadamente, observó la ventana. Ya era de día.

—¡Oh, Guy! Ha sido horrible... Su marido se acercó a ella.

—Oí tus gritos y vine corriendo.

—¿Dónde está Steve?

—Se marchó.

Guy fue a sentarse en el lecho y ella se apartó.

—¿Qué te pasa, Glenda?

—¿Hablaste con Steve?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Simplemente, que habías sufrido una crisis de nervios. Fuiste a su casa, y él te trajo aquí. No sabes cuánto lo siento, pero Paddy me entretuvo un poco más de la cuenta.

—¿Qué es lo que te contó Steve?

—Nada. No me contó nada. ¿Por qué, querida?

—¡Oh, esa pesadilla!...

—Anda, ven aquí.

La tomó del brazo desnudo y la estrechó contra sí.

—Querida...

Ella cerró los ojos y se mantuvo quieta.

Sí, era la voz de Guy y estaba a su lado. ¿Por qué había tenido que dudar de él? Santo ciclo, su marido la quería. No; ella no había

oído nada, absolutamente nada. Estaba equivocada. ¿No pensó antes que sus amigas se habían confabulado para matarla? ¿Y no había metido también a Maggie en el complot? Pero todo había resultado falso.

Lo tenía consigo, sentía su calor, el del hombre que ella había amado, al que había elegido para compartir su vida.

—¡Oh, Guy, perdóname! —suplicó alzando los ojos. Guy le sonrió.

—¿Qué dices, Glenda? ¿De qué te tengo que perdonar?

Estuvo a punto de decírselo. Ella había dudado de él. Sí, había dudado.

—Soy una tonta, Guy, pero no me hagas ningún caso. Quiéreme mucho.

—Te adoro, Glenda. La besó en los labios.

Ella sintió renacer la esperanza en su corazón. Todo se arreglaría. Todo volvería a ser como antes.

—Guy, no te he preguntado todavía acerca de tu comedia.

—Tengo las mejores noticias.

—¿De veras?... Qué alegría. Cuéntame.

—Paddy está dispuesto a estrenarla.

—Es maravilloso. ¿Cuándo?

—En la primavera. Por abril, seguramente. Ahora ella lo besó a él.

—Mi enhorabuena. De todo corazón.

—Bueno, quiero que seas la mujer de un autor de moda.

—Me basta con ser la esposa del hombre a quien quiero.

—¿Es que vas a decir que no te gustó mi comedia?

—Oh, claro que sí, pero...

—Anda, atrévete. ¿Qué es lo que te desagrada?

—Ya sabes que nunca me ha gustado hablar con hipocresía. Guy la tomó por la barbilla.

—Claro que lo sé. Eres la mujer más sincera del mundo y por eso me enamoré de ti.

—Tu comedia tiene un gran fondo.

—Gracias, señora Clyde.

—Y su primer acto es maravilloso.

—Otra vez, gracias —dijo él inclinando la cabeza—. ¿Van a ser todo requiebros?

—No, Guy.

—Lo suponía. El segundo acto y el tercero, ¿eh?

—Sí, Clyde.

—Bueno, ¿qué les pasa?

—Francamente, son muy inferiores al primero. Guy dio un suspiro.

—Tal como estás exponiendo las cosas, me temo que voy a tener que rehacer esos dos actos.

—¡Guy! ¿Vas a hacer eso?

—Al final lo has conseguido. Pero no creas que mi decisión es de ahora. Estas semanas que he pasado a solas en Escocia me han servido para reflexionar mucho. Creo que he sido injusto contigo y también lo fui con tu padre.

Ella sintió que las lágrimas acudían a sus ojos. Había dudado de su marido. Santo cielo, ahora él se mostraba tal como ella había deseado siempre.

—Guy..., te quiero.

Le echó los brazos al cuello, y él la apretó contra sí.

—Guy, tengo el programa para esta mañana.

—Bravo, ¿en qué consiste?

—Me llevarás al hipódromo. Volveremos a apostar por el peor caballo de todos. ¿Te acuerdas? Como el día en que te me declaraste.

—Me parece una idea estupenda —dijo él.

—Vamos a vestirnos inmediatamente o llegaremos tarde. Se dieron otro beso, y Guy salió de la habitación.

Glenda permaneció todavía un rato sentada en la cama. ¡Qué estúpida había sido! Pero ahora las cosas iban a cambiar. No dejaría que su imaginación le volviese a jugar una mala pasada.

Minutos después, al bajar la escalera, Maggie la saludó:

—Buenos días, señora, ¿descansó bien?

—Muy bien, Maggie.

—El señor la está esperando.

Guy fumaba un cigarrillo junto a la ventana y fue al encuentro de su mujer para enlazarla por la cintura.

—No he dejado de pensar en ti mientras he permanecido en Escocia.

—Y yo he deseado mucho oírte decir eso. Se besaron en la boca.

De pronto sonó el teléfono. Guy alcanzó el auricular.

—Sí, Guy Clyde. Diga. Oh, desde luego... Bueno, la verdad es que pensaba salir con mi mujer esta mañana pero, en fin, iré... Sí, señor Coleman... Dentro de una hora. Guy colgó.

—Lo siento, querida.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Phil Coleman. Es un estupendo decorador de la nueva ola. Me gustaron mucho sus decorados en la obra que vi en el «Royal» hace un par de meses. Quiero que se encargue de hacer los decorados de mi comedia. Se lo dije a Paddy y, bueno, si no veo a Coleman ahora, tendré que dejarlo para dentro de un mes porque él se marcha a Suiza. Paddy ha dicho que vaya haciendo los bocetos.

—No te preocupes por mí, Guy.

—Se me ocurre una idea. Te vas al hipódromo y yo iré allí a recogerte en cuanto haya terminado. Basta con que te pongas en el sitio de la otra vez. ¿Lo recuerdas?

—¿Crees que lo puedo haber olvidado? Guy consultó su reloj.

—Bueno, tendré que irme.

—¿Es que no vas a desayunar siquiera?

—Lo haré con Coleman. —Clyde la besó suavemente en los labios—. Hasta luego, querida.

—Date mucha prisa en plantar al señor Coleman. Él se volvió cuando iba a salir y le guiñó un ojo.

Cuando él hubo desaparecido, ella se puso a desayunar.

Al cabo de un rato, en su mente brotó una idea. ¿Habría ido su marido realmente a ver a Coleman? Santo cielo, ¿por qué dudaba otra vez de él? ¿No había quedado en que aquella conversación con Kathy había sido una invención suya?

Se levantó y paseó por la estancia.

Finalmente, no pudo resistirlo más y buscó en la guía el número de Paddy Walsh. Después de marcar oyó a la otra parte la voz cortés de una secretaria.

—Habla usted con la oficina del señor Walsh. ¿Qué desea?

—Por favor, señorita, quisiera hablar con el señor Walsh. Soy la señora Clyde.

—Un momento, por favor, señora Clyde.

Esperó un minuto y al fin oyó la voz de Paddy:

—¿Cómo estás, mi querida Glenda? Apuesto a que tan bonita

como siempre.

—Hace mucho tiempo que no te veo, Paddy.

—Bueno, ahora podremos vernos más a menudo. Voy a ser el productor de la obra de tu marido. ¿Es tan buena como él dice?

—Claro que sí, Paddy. A propósito, ¿habéis hablado del decorador?

—Guy propuso a Coleman, pero tendremos que esperar a que regrese de Suiza. Glenda sintió qué le flojeaban las piernas.

—¿Está en Suiza?

—Sí, se marchó hace tres días y no regresará hasta dentro de dos semanas. Glenda se humedeció los labios con la lengua.

—Paddy, ¿me quieres dar su número? Es para llamarlo cuando vuelva. Paddy se lo dio, y Glenda, después de apuntarlo, dijo:

—Te veré muy pronto. Gracias por todo.

—A ver si tenemos un éxito como cuando tu padre vivía.

La joven sintió dolor en la muñeca porque estaba apretando muy fuerte el auricular. Marcó el número de Coleman.

Oyó la señal tres veces y por fin descolgaron.

—Deseo hablar con el señor Coleman. Soy la mujer de Guy Clyde.

—Perdone, señora Clyde, pero el señor Coleman se encuentra fuera de Inglaterra... En Suiza, concretamente. No regresará hasta dentro de dos semanas.

—¿Está segura de que no se encuentra en Londres?

—Perdone, señora Clyde —dijo el hombre—. Soy el ayudante del señor Coleman y le puedo asegurar que, cuando regrese a Londres, seré el primero en saberlo.

Glenda depositó el micro en la horquilla y entonces se dejó caer en el sillón.

CAPÍTULO VII

Glenda viajaba en el taxi hacia el hipódromo.

Se sentía sin fuerza, como vacía. ¿Por qué la había engañado Guy con respecto a Coleman? ¿Con quién había ido a reunirse?

Otra vez volvía a recordar, palabra por palabra, aquella conversación sostenida por Guy y Kathy. Ellos querían matarla. Estaba claro.

Sintióse tentada de ordenar al taxista que diese la vuelta y la llevase a casa de Steve Lannigan, pero ¿qué iba a decir Steve? No, Steve volvería a pensar que ella era víctima de su enfermedad.

Se dio cuenta de que habían llegado cuando el conductor volvió la cabeza.

Pagó el importe de la carrera y bajó del taxi echando a andar hacia la entrada del hipódromo.

—¡Cuidado! —Oyó una voz.

Glenda sintió un golpe en la cadera y rodó por el asfalto. En su cabeza se mezclaron mil sonidos diferentes, exclamaciones de hombres, de mujeres, y, sobre ese fondo, el rugido de un motor.

Iba cayendo por un pozo sin fin, dando vueltas. Le invadieron unas terribles náuseas mientras se desplomaba en el vacío y por último llegó al suelo y se produjo una explosión.

Poco a poco volvió en sí escuchando voces.

—Yo lo vi, guardia. Era un «Ford».

—¿Se fijó en el número de matrícula?

—No, señor. Iba demasiado aprisa.

—Son unos asesinos, guardia...

—¿Alguien ha visto la matrícula? —insistió el agente. Nadie respondió a esa pregunta.

—Está bien. Despejen.

Glenda había sido sentada en un banco de los jardines que rodeaban el hipódromo. Sus ojos enfocaron las caras de las personas

que la observaban y al fin encontró en su camino la del agente, un hombre alto, de aspecto simpático.

—¿Se encuentra bien, señora?

—Sí, agente. Ya me encuentro mejor.

—Según han dicho los testigos, estuvo a punto de ser atropellada. Por fortuna, usted se libró por sí misma porque se dejó caer al suelo.

—No recuerdo, agente, pero seguramente fue así.

—¿Puede andar?

—Sí, creo que sí —dijo Glenda, y se levantó ayudada por el policía, quien la sujetó por el brazo.

Glenda dio unos pasos y se llevó la mano a la cara sonriendo al guardia.

—Podré ir por mi propio pie.

—¿Quiere regresar a su casa, señora?

—Quedé citada con mi marido ahí dentro, en el hipódromo.

—Iré con usted.

—No es necesario. Es usted muy amable.

—¿Quiere usted denunciar el hecho?

—No, agente. Muchas gracias.

La joven se apartó del policía abriéndose paso por entre los espectadores, que habían hecho un círculo a su alrededor.

Todavía estaba confusa. ¿Qué había pasado? De pronto se detuvo apoyando una mano en la pared. ¡Santo cielo! ¿Habría sido fraguado aquel accidente por Guy?

Tuvo la impresión de que la sangre dejaba de correr por sus venas y sintióse desfallecer.

—¿Le ocurre algo, señora? —Oyó una voz.

Era un caballero de unos sesenta años, que se cubría con un terno gris y le sonreía amablemente.

—No, gracias. No es nada.

Su interlocutor se tocó el ala del sombrero y se apartó de ella. Glenda prosiguió su camino hacia la taquilla.

Minutos después entraba en el hipódromo. Se dio cuenta de que sentía un gran miedo al recordar que poco después su marido se reuniría con ella.

Dio media vuelta para escapar de allí. No, no podía hablar de nuevo con Guy. Él la estaba engañando. Le había dicho que iba a

hablar con Coleman, el decorador, cuando Coleman se encontraba en Suiza. Todo había sido una trampa de Guy para dejarla sola. Pero de pronto se percató de un detalle. ¿No había sido ella la que sugirió que fuesen juntos al hipódromo?

Bueno, ¿por qué trataba de encontrar argumentos en favor de Guy? De no haber ella dicho nada, Guy le hubiese hecho la propuesta de ir a las carreras de caballos. Guy lo había planeado todo.

Pero si Coleman no había estado a la otra parte del cable, ¿quién había hablado con Guy? Su cómplice. Aquella mujer, Kathy, la amante de Guy.

¿Por qué no se marchaba, de allí? ¿Por qué? ¿Pero a quién iba a acudir? ¿A Steve? No. Steve sólo era su siquiatra, aunque también era su amigo. ¡Pobre Steve! Podía haberse casado con él. Steve sí la quería.

¡La policía! Ése era el camino, ¿cómo no había pensado antes? Sólo tenía que salir del hipódromo y hablar con aquel agente tan simpático que la había socorrido después del intento de asesinato. Le diría que la llevase a presencia de su jefe... Ellos le preguntarían qué motivos tenía su esposo para matarla. Guy tenía dos. En primer lugar, había doscientas cincuenta mil libras además de la casa de campo en Escocia. Y Guy amaba a otra mujer. Ésa era la segunda razón. Sí, los convencería. No podía dejar que transcurriese más tiempo o Guy acabaría por conseguir que ella reposase en un ataúd.

Decidida, emprendió el camino hacia la puerta. Ya iba a empezar la más importante carrera y le costaba trabajo abrirse paso por entre la marea de público que avanzaba para ocupar sus asientos.

—Hola, querida.

Quedó paralizada. Delante de ella estaba Guy, sonriéndole, los ojos muy brillantes.

—Hola, Guy —repuso en un murmullo.

—¿A dónde ibas?

Sintió deseos de gritarle:

«¡Iba en busca de la policía, Guy! ¡No quiero que me mates! ¡No quiero que lo consigas!».

Se mojó los labios con la lengua y lo que dijo fue:

—Creí haber visto a Steve.

—¿A Steve? Pero, querida, a él no le gustan las carreras de ningún género.

—Indudablemente, vi a alguien muy parecido.

—Anda, vayamos a nuestro sitio.

En aquel momento, Glenda vio por encima del hombro de su marido al policía.

Bueno, todo consistía en llamarlo. Sí, sería muy fácil. El agente la protegería. Su misión era ésa. Impedir que se cometiera un delito, evitar que seres humanos fueran asesinados...

Guy la tomó por el brazo.

—Estás temblando, Glenda.

—Me ha dado frío.

—Entonces será mejor que regresemos.

—¡No! —Casi gritó ella.

No podía resistir la idea de que se encerrasen en la casa.

—Es mucho mejor que nos marchemos —insistió Guy—. Así podrás descansar.

Era fácil suponer lo que Guy quería decir. Cuando llegasen a la casa, él rectificaría el fallo del cómplice que había intentado matarla con el coche.

—No, Guy. Prefiero quedarme. Ya me siento un poco mejor. Guy titubeó unos segundos.

—Está bien, querida.

Los altavoces anunciaron el comienzo de la última carrera y se dirigieron al mismo lugar donde él le había declarado su amor.

—¿Te acuerdas? —dijo él tocando la barandilla donde ella había estado apoyada—. Te estuve mirando todo el rato...

Glenda se sintió presa de una gran congoja. ¿Por qué había tenido que cambiar Guy? Estaba segura de que él la quería. No lo habría aceptado si hubiese sabido que sólo pretendía su fortuna.

—Ah, nena. No vi a Coleman.

—¿Qué dices, Guy?

—Te he dicho que no vi a Coleman.

—¿Por qué?

—La verdad es que no lo comprendo... Fui al sitio en que me citó, pero no apareció. Y esperé nada menos que una hora.

Glenda sintió la garganta seca. Guy era muy listo, se dijo. Se había enterado de que ella había hecho una llamada a Coleman o

quizá se lo dijo el propio Paddy y ahora pretendía hacer marcha atrás.

—¿No llamaste a su estudio, Guy? —le preguntó.

—Sí, y me dieron una extraña respuesta. Su colaborador más inmediato me anunció que Coleman está en Suiza y que no había regresado a Londres... Luego agregó que era la segunda llamada que recibía en poco tiempo preguntando por Coleman. Me parece un poco absurdo.

—Sí, Guy, a mí también me lo parece.

—Hay gente que disfruta gastando bromas estúpidas.

Dieron la señal para el comienzo de la carrera, y los caballos se lanzaron como flechas para cubrir la distancia.

Guy dijo con voz jovial:

—Bueno, olvidemos todo ese lío. ¿Sabes una cosa? Aposté cinco libras por el número siete.

—¿Es bueno?

—No pregunté siquiera por su nombre. ¿No te acuerdas, Glenda? Aquella vez también aposté por el número siete.

—Pero perdiste, Guy.

—¿Y eso qué importa? Me dije que hoy tenía que ser todo como la otra vez. Le dio una palmada en la mejilla y dedicó su atención a los caballos.

No, tampoco en esta ocasión ganó el número siete.

Cuando salieron del hipódromo, Guy la llevó al lugar donde había estacionado el coche. Glenda empezó a sentirse presa de la zozobra.

Ahora la llevaba a casa y, naturalmente, la haría acostar. ¿Cómo la mataría? ¿Con los comprimidos? Steve le había recetado de tres o cuatro clases. Algunos de ellos, tomados en cantidad, podían ser mortales. Había escuchado a Steve cuando prevenía a Guy sobre el peligro... ¡Y el ingenuo de Steve había proporcionado a Guy el arma con que matarla!

Guy frenó, y ella miró con el temor de haber llegado a casa. Pero a la izquierda no vio el jardín.

—¿Por qué has parado, Guy?

—Vamos, sal —le sonrió Guy.

Cuando Glenda leyó el nombre del restaurante lo comprendió todo. Era el «Schwarz».

Ocuparon la mesa del rincón. No, ya no estaba el camarero de las largas patillas. El mozo que los atendió les dijo que aquél se había marchado del establecimiento.

Hicieron el mismo pedido que el día en que decidieron unir sus vidas.

—Glenda, estaba pensando que podíamos ir a Escocia.

La joven sintió que su cuerpo se ponía tenso. Ahora quería ir a Escocia. Sí, allí le estaba resultando un poco difícil prescindir de ella. Naturalmente, en Escocia le sería mucho más fácil. Bastaría alejarse un poco de la casa para encontrar lugares donde cometer un crimen... Estaban el lago, el acantilado, el mar...

«¿Cómo piensas matarme ahora, Guy? —pensó—. ¿Te contentarás con ahogarme? ¿O me arrojarás por el precipicio para que me destruya?»...

—¿Cuándo se te ha ocurrido, Guy?

—Ahora, de pronto.

Ella se lo podía decir. Sí, se le había ocurrido ahora que él había fracasado.

—Pero, Guy, ahora no podemos dejar Londres.

—¿Qué nos lo impide?

—Tu comedia, naturalmente.

—Oh, eso no es ningún obstáculo. La obra no empezará a ensayarse hasta dentro de un par de meses y me gustaría que me ayudases.

—¿Que te ayudase?

—Ya sabes... Te he dicho que esta vez voy a rectificar los errores. Recomenzaré el secundo acto. Si te tengo a mi lado, estoy seguro de que podré lograr una obra representable.

—Me gustaría mucho, pero ya sabes, estoy en tratamiento. Quizá a Steve le parezca mal.

—Steve compartirá mi idea, pero de todas formas, se lo preguntaremos. ¿Te parece bien?

—Sí. Lo consultaremos a Steve.

Naturalmente, ella hablaría con Steve antes para decirle que no diera su autorización.

A los postres, él dijo:

—Hay una parte del programa que no podemos realizar.

—¿Cuál?

—Aquella vez fuimos al teatro «King». Lo derribaron. Pero en su lugar han construido un buen edificio.

Glenda le sonrió débilmente. Guy quería ganar su confianza, apartar de su mente lo ocurrido a la entrada del hipódromo.

—Bien, Guy. Me quieres matar, pero no te va a resultar un trabajo fácil. No, te juro que no lo será. Ahora conozco ya tus propósitos. Te he descubierto, Guy. Pero quizá me convenga simular a mí también. Sí, ¿por qué no hacerlo? Ahora me encontrarás preparada. No tengo ninguna prueba contra ti, pero a partir de ahora la buscaré y entonces yo seré quien acabe contigo, Guy.

—Preferiría irme a casa —dijo ella con una nueva voz.

—Sí, nena —convino Guy sonriente—. Es donde mejor estaremos. Glenda le devolvió la sonrisa, más segura de sí misma.

CAPÍTULO VIII

Cuando entraron en la casa, Maggie les salió al encuentro.

—El doctor Lannigan se encuentra en el salón.

Steve observaba los libros que había en la biblioteca.

—Hola, pareja. ¿Cómo estáis?

Glenda le estrechó la mano con satisfacción.

—Yo me encuentro mucho mejor.

—Lo celebro.

—¿Te has servido *whisky*? —dijo Guy.

—Acabo de llegar.

Glenda se dejó caer en un sillón mientras Guy preparaba las bebidas.

—Steve —dijo el comediógrafo—, he pensado que Glenda y yo podríamos pasar unos días en nuestra casa de Escocia.

Glenda fue a protestar, ya que no había tenido tiempo para preparar a Steve.

—¿A Escocia? —repitió Steve—. Bueno, la Verdad es que no creo que le convenga a Glenda.

La joven dejó escapar el aire que retenían sus pulmones. Guy se acercó a Steve tendiéndole un vaso:

—Acabas de destruir el plan de un matrimonio feliz.

—Lo siento, muchachos —sonrió Steve—. Pero, como decía mi abuelo Johnny, tenéis toda una vida por delante.

—Me gusta tu buen humor, Steve —repuso Glenda.

—Eh, que me voy a poner celoso —dijo Guy en el mismo tono jovial.

—Tú sabes que ella no te dejaría por ningún hombre —comentó Steve. Guy miró fijamente a los ojos de Glenda mientras decía:

—Yo tampoco la dejaría por ninguna mujer.

Glenda permaneció quieta, observando a su marido.

—Eres muy galante, Guy —murmuró al fin.

—Bueno, bueno —habló Steve otra vez—. No me gusta este torneo de miradas. Recordad que tenéis un extraño en casa.

—Tú no eres ningún extraño —sonrió Glenda.

—Eso no puede ser una excusa para que comencéis a deciros lindezas ante mi cara. —Bebió un trago de *whisky* y después agregó —: Guy, creo recordar que antes de marcharte a Escocia me ofreciste una oportunidad para examinar ese ejemplar de la primera edición de «Hamlet».

—Muy bien, pero tardaré un poco.

—No me dirás que lo has depositado en el Banco de Inglaterra.

—No sería mala idea. Al padre de Glenda ya le ofrecían una buena bolsa por él. Lo guardo en mi habitación.

Apenas Guy salió de la estancia, Glenda exclamó:

—Steve, ahora estoy segura.

—¿De qué?

—Mi marido me quiere matar.

—¿Otra vez la misma idea? Ella acudió a su lado.

—Steve, tienes que creerme. Ya lo ha intentado.

—¿Intentó ahogarte en la bañera? —sonrió el siquiatra.

—No te rías, Steve.

—Está bien. ¿Cómo lo hizo?

Glenda efectuó un relato de todo lo acontecido desde que bajó aquella mañana de su habitación.

Steve encendió un cigarrillo.

—¿Qué dices ahora, Steve?

—Simple casualidad.

—¿Te refieres al accidente?

—Sí. Casi todos los días ocurre... Hay conductores irresponsables.

—Oh, no, Steve. ¿Es que no te das cuenta? Coleman sigue en Suiza. No vino a Londres. Estoy segura de que quien llamó a Guy fue Kathy, su amante. Guy me dejó sola para que me pudiesen matar.

—No. No puedo creerlo.

—Pero ahora ya conozco sus intenciones... ¿No lo oíste antes? ¿Por qué crees que quiere llevarme a nuestra casa de Escocia?

—El piensa que allí estarás más tranquila.

—Oh, no, Steve, tú no puedes admitir semejante excusa. Guy

piensa que estará mucho más tranquilo porque así me podrá tener a su merced... ¿Por qué no lo ves tan claro como yo, Steve?

Steve dio unos pasos por la estancia.

—Ven mañana a mi consulta, Glenda. Te esperaré a las once. Pero sigo sin creer una palabra de eso.

—Sí, Steve. No faltaré, aunque quizá me cueste un poco de trabajo desprenderme de él... Guy sabe que tú eres la única persona que podría echar a rodar sus planes.

—Calla ahora.

Steve estuvo acertado al decir esas palabras, porque casi inmediatamente se abrió la puerta, y Guy dijo:

—Bueno, aquí tienes la famosa edición.

Steve se sentó en un sillón con el libro y lo estuvo examinando durante un buen rato. Por último se puso en pie.

—Una auténtica joya —dijo mientras devolvía el libro a Guy. Consultó su reloj e hizo chasquear los dedos—. Caramba, se me ha pasado el tiempo. He de regresar inmediatamente a mi consulta.

Se despidió de la joven, y él y Guy salieron de la estancia. Al llegar al porche, Guy retuvo la puerta contra sí.

—¿Cómo la encuentras?

—Algo nerviosa. La he citado mañana a las once en mi consulta. Prefiero que venga sola.

—¿Qué te ha dicho?

—No me ha dado tiempo para interrogarla. Ya te informaré mañana.

—Sí, Steve.

El médico le dio una palmada en el brazo y cruzó el jardín saliendo a la calle.

Guy se iba a volver para entrar en la casa cuando, de pronto, vio a Jimmy, el mudo. Estaba en la acera, a la otra parte de la verja.

—Buenas tardes, Jimmy.

El mudo no hizo ninguna señal.

Guy se había dado cuenta de que Jimmy lo odiaba y también había supuesto el motivo por el cual sentía hacia él aquella animadversión.

Encogióse de hombros y entró en la casa, encaminándose al salón.

Frunció el entrecejo al ver que allí no estaba Glenda. Subió las

escaleras y abrió la puerta del dormitorio de su mujer.

Glenda estaba sentada ante el tocador cepillándose el cabello. Se acercó a ella y quedóse mirando su imagen en el espejo.

—¿Qué piensas hacer esta tarde, Glenda?

—¿Por qué lo preguntas?

—Olvidé decirte que cuando me dirigía al hipódromo me encontré con un antiguo amigo.

—¿Sí? ¿Con quién?

—André Bart. Me dijo que un compañero nuestro, Ernie Temple, está pasando un mal trago. Vive en una pocilga en Bradbury. Quiero hacerle una visita y ofrecerle algo de dinero. Lo necesita mucho.

—Puedes ir, Guy.

—¿No quieres acompañarme?

—No, Guy. Es preferible que vayas, tú solo.

—Como quieras.

Guy se agachó sobre ella y la besó en la mejilla.

—No me esperes. Quizá regrese tarde.

—Sí, Guy.

Ella lo vio reflejado en el espejo mientras se dirigía hacia la puerta.

—Hasta luego, querida.

Cuando él salió de la habitación, Glenda se quedó un rato mirando la puerta cerrada. Bueno, ¿qué estaba esperando? Debía ir detrás de él. Ésa era la mejor idea. Naturalmente, aquella enfermedad de su amigo era una nueva invención. Guy iría a reunirse con Kathy. ¿Cómo sería ella? ¿Rubia, morena, pelirroja?

Arrojó el cepillo sobre el tocador, se puso en pie de un salto y atrapó su bolso. Cuando salía de la casa vio que el coche de Guy se alejaba por la calle.

Justamente vio avanzar por el centro de la calzada a dos taxis vacíos. Hizo una señal al primero de ellos y, cuando se metió dentro, alcanzó a ver a lo lejos el «Lloyd» de su marido y le dijo al conductor que lo siguiese.

Al cabo de unos quince minutos, el coche de su marido parecía seguir el camino de Bradbury.

Cuando el «Lloyd» de Guy se detuvo, el conductor del taxi frenó también a una buena distancia.

Glenda vio descender a Guy del vehículo y entrar en un bar.

Transcurrieron cinco minutos, y al fin Guy apareció otra vez..., pero no iba solo. Lo acompañaba una mujer esbelta, de cabello rojizo. Una mujer joven, de unos veintitrés o veinticuatro años. Glenda sintió que se le encogía el corazón.

Guy y la pelirroja entraron en el «Lloyd», e inmediatamente éste se puso en marcha.

Glenda se hundió en el asiento.

El conductor, al ver que no recibía ninguna orden, volvió la cabeza.

—¿He de seguirlos, señora?

—No, no hace falta. Vuelva al lugar donde lo tomé.

Cuando se encontró a solas en su habitación, escondió la cabeza entre las manos y rompió en sollozos.

Ya no tenía ninguna duda.

Guy amaba a otra mujer y estaba decidido a matar porque no le bastaba con el divorcio. Deseaba también su dinero.

Había querido ser fuerte aceptando el desafío, pero ahora se sentía otra vez débil. Steve le había prohibido fumar, pero ahora, ¿qué importaba eso? Tomó un paquete de cigarrillos de su armario y encendió un cigarrillo tras otro. Luego deseó beber y bajó, al salón.

Estaba bebiendo el segundo vaso cuando de pronto llamaron a la puerta.

—Adelante. Era Maggie.

—¿Los señores van a cenar en casa?

—Si, Maggie. ¡Oh, ahora recuerdo que no te he preguntado acerca del alumbramiento de tu prima!

—Todo fue bien. Es un niño muy hermoso...

—Maggie, acércate.

La sirvienta se aproximó al sillón que Glenda ocupaba.

—Diga, señora.

—¿Por qué estás contra mí?

Maggie hizo un gesto de perplejidad.

—No la comprendo, señora.

—Sabes a qué me refiero.

—No, señora —balbució Maggie.

Glenda se incorporó despacio, lentamente.

—Quiero que me lo digas, Maggie.

—¿El qué, señora?

—¿Cuánto te pagó él? Maggie tragó saliva.

—Continúo sin comprenderla, señora. ¿Por qué me mira así? Yo no he hecho nada.

—Has aceptado su dinero para vigilarme. Me espías día y noche.

—¿Qué dice, señora? Yo no la vigilo. Le juro que no. Glenda la atrapó por la muñeca.

—Ahora me vas a decir la verdad.

—Por favor, señora, se debe encontrar mal. ¿Quiere que llame al doctor?

—No, Maggie, no necesito a ningún doctor. Tú me curarás diciéndome la verdad. Estás con él. Confiésalo.

—No, señora. Usted sabe cuánto la quiero yo, señora.

—Es una sucia mentira. Pero da igual. De acuerdo, Maggie. Dime cuánto dinero te ha dado él y yo te daré el doble... El dinero es mío..., ¿lo entiendes? ¡El dinero es mío! Y él no me lo quitará. Anda, Maggie, confiésalo.

—¡Pero si no tengo nada que confesar, señora! Deje que llame al doctor.

—¡No! —gritó Glenda con rabia—. ¡No llamarás a nadie! Maggie se estremeció viendo la cara desencajada de Glenda.

—Tranquílcese, señora. El señor no tardará en llegar.

—Claro. Necesitas que él llegue para que te ayude, ¿verdad?

—No, señora...

De pronto Glenda le soltó una bofetada en la cara.

Maggie se fue contra la pared, pero al quedar libre, echó a correr hacia la puerta. Abrió ésta de golpe y salió cerrando tras de sí.

—¡Maggie! —gritó Glenda—. ¡Ven aquí! ¡No quiero que te vayas! ¡Has de ayudarme! Guardó silencio mientras los pasos de Maggie se perdían a lo lejos.

Tomó el vaso de *whisky* y bebió su contenido de un solo trago. Luego encendió otro cigarrillo y se dejó caer en el sillón.

Transcurrieron unos minutos, y de pronto oyó golpear la puerta principal. Corrió a la ventana y vio la figura de Maggie cruzar el jardín. La sirvienta llevaba una valija en la mano.

Empezaba a oscurecer.

Volvió a servirse una ración de *whisky*.

Tomó un libro de la biblioteca y trató de distraerse con su lectura.

Había cometido un error al descubrirle a Maggie que estaba al corriente del plan de Guy. Ahora Maggie avisaría a su marido.

Ya había transcurrido más de una hora desde que se marchó Maggie.

Glenda había olvidado encender las luces. Estaba sumida en la oscuridad del salón. Todo era silencio en la casa.

De repente el teléfono se puso a sonar.

Glenda lanzó un grito, sobresaltada. Luego corrió a la puerta y encendió la luz. Quedóse un rato mirando el teléfono, que continuaba sonando.

Por último atrapó el auricular y lo acercó lentamente a su oído.

—¿Sí?

—Hola, nena —oyó la voz de Guy.

—¿Dónde estás, Guy?

—En Bradbury. Sólo te llamo para decirte que tardaré un poco más en llegar. Pensé que podías estar intranquila.

—¿Cómo está tu amigo?

—Bastante mal. Pero creo que mejorará poco a poco.

—Lo celebro.

¿Qué clase de cínico era Guy? Había ido a Bradbury a visitar a un amigo. Apretó los dientes hasta hacerlos rechinar recordando a la esbelta pelirroja con quien Guy se había encontrado en aquel bar.

—Guy, Maggie nos dejó.

—¿Qué?

—Tuve un altercado con ella y se marchó de casa.

—Comprendo.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Bueno, habrás tenido tus razones. Seguro.

—¿Quieres conocerlas?

—Ya me las dirás luego.

—Sí, Guy.

—Regresaré en cuanto pueda —dijo él, y colgó. Glenda puso también el auricular en la horquilla.

Bebió más *whisky* y se sintió con sueño. Sacudió la cabeza porque se dijo que no debería dormirse ahora estando sola en la

casa. Pero fue inútil. Al fin se durmió.

Allá en su subconsciente oyó de pronto un ruido y despertó con todos los sentidos alerta, conteniendo la respiración.

Permaneció a la escucha durante un rato.

Entonces oyó los pasos claramente en el vestíbulo. Alguien había entrado en la casa.

CAPÍTULO IX

Permaneció un rato paralizada, llena de terror. Quiso gritar, pero no pudo, igual que en el sueño.

De pronto los pasos cesaron.

¿Y si todo fuese producto de su imaginación? Sí; le había oído decir muchas veces. Los locos crean un mundo a su alrededor, un mundo que dista mucho de ser real. Estaba claro. Aquellos pasos sólo habían existido en el interior de su cabeza. En la casa no había nadie más que ella.

Miró la botella de *whisky* en la mesa. Eso es lo que le hacía falta.

Se puso en pie y escanciósse en el vaso.

Se disponía a beber cuando de pronto oyó un crujido tras la puerta.

Se revolvió tan bruscamente que el vaso le resbaló de los dedos haciéndose añicos en el suelo.

La puerta continuaba cerrada.

—¿Quién anda ahí? —preguntó. Esperó un rato sin oír nada.

—¡Guy! —llamó otra vez—. Guy, sé que estás ahí. Transcurrió un minuto. Todo seguía igual. En silencio.

¿Por qué se preocupaba? ¿Por qué? Nadie había fuera de la habitación. Era su cerebro, su mente enferma la que creaba los ruidos, los pasos. Estaba sola. Completamente sola.

De repente el tirador de la puerta dio un chasquido. Miró el pomo y vio cómo se movía lentamente.

El miedo le paralizó el corazón.

El tirador permaneció fijo unos segundos. Sintió deseos de correr, pero ¿hacia dónde?

Retrocedió hasta que sus muslos golpearon contra el borde de la mesa.

Su mano tocó algo muy frío. Vio que era el abrecartas, de acero, de hoja puntiaguda, brillante.

Lo aferró con fuerza mientras oía que la puerta empezaba a abrirse. Bien, Guy la encontraría preparada.

Pero la persona que estaba allí no era Guy, sino Jimmy, el mudo. Tal descubrimiento la dejó otra vez inmóvil.

Jimmy la miró con sus grandes ojos desencajados y abrió la boca emitiendo unos sonidos ininteligibles.

—¿Cómo has entrado en la casa? Márchate, Jimmy. Jimmy no se movió.

—Márchate o llamaré a la policía.

Jimmy penetró en la estancia y pegó un envión a la puerta, cerrándola.

Glenda tenía a sus espaldas el abrecartas, pero ahora adelantó el brazo mostrando la hoja de acero.

—Jimmy, no te acerques.

El mudo miró el abrecartas y luego la cara de la joven. Finalmente echó a andar.

Glenda se desplazó hacia la ventana.

—¡No te acerques, Jimmy!

El mudo continuó su camino sin pestañear.

Glenda llegó junto a unas cortinas y ya no pudo retroceder más. Levantó el brazo armado, listo para descargarlo sobre el hombre.

Jimmy se detuvo muy cerca de ella. Sus labios se abrieron y por entre los dientes separados dejó escapar sonidos guturales.

Glenda bajó el arma para asestarle una cuchillada, pero la mano de Jimmy la aferró por la muñeca, y Glenda tuvo la impresión de que estaba intentando acuchillar a un muro de piedra.

Jimmy le dio una sacudida en la mano y el abrecartas voló por el aire golpeando en la alfombra.

—¡No me toques, Jimmy! ¡No me toques!

Jimmy subió la otra mano y la cogió por el cuello.

Al sentir sobre su carne la presión de los dedos de Jimmy, Glenda intentó lanzar un grito.

—Me ahogas..., Jimmy.

La presión de los dedos del mudo no disminuyó.

Glenda vio ante sus ojos una nube esponjosa y a través de ella la cara crispada de Jimmy, los ojos cada vez más grandes, la boca doblada en una mueca. Y él seguía apretando cada vez con más fuerza.

De pronto se produjo un ruido, y Jimmy se volvió abandonando su presa. Glenda se desplomó a punto de perder el sentido.

Hizo un esfuerzo por que eso no ocurriese y después de llevar aire a los pulmones, se fueron aclarando las imágenes.

Ahora en la sala no se oía ningún ruido. Otra vez alzó los ojos y vio a Steve delante.

Pero ella ya no estaba en el suelo, sino sentada en un sillón.

—Anda, bebe, Glenda.

Le estaba dando un trago de *whisky*. Glenda bebió.

—¿Dónde está Jimmy?

—Lo arrojé de casa a puñetazos. ¿Te llegó a hacer daño?

—No, Steve.

—No me habría perdonado si no llego a tiempo. Me ocuparé de que ese individuo reciba su castigo.

—No. Déjalo.

—No puedo dejarlo. Es un anormal.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir, Steve?

—Me llamó Maggie a casa.

—¿Maggie?

—Sí. Dijo que sostuvo un altercado y que ella se había despedido. Pregunté si estaba aquí Guy y cuando me respondió negativamente, decidí hacerte una visita.

—Gracias a Dios.

Él le cogió una mano entre las suyas.

—Glenda..., ¿qué te pasó con Maggie?

—Creo que me he comportado como una estúpida. Le pregunté si estaba de acuerdo con Guy y cuánto le había pagado él con la intención de darle yo más dinero.

—Comprendo.

—Estoy loca, ¿verdad, Steve?

—No. No lo estás.

—¿Qué necesitas como psiquiatra para encerrarme, Steve?

—Te digo que no estás loca.

—Eres muy bueno conmigo, pero sabes que soy una perturbada. Lo único que pasa es que... —se interrumpió.

—Anda, dilo.

—Sigues enamorado de mí, ¿verdad, Steve?

Steve la miró a la cara y sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, Glenda, te quiero. Sigo estando enamorado de ti.
—He estado ciega y sólo te puedo pedir que me perdones.
—No hables de eso.

—Puedo darte una prueba más de mi insania.

—¿A qué te refieres?

—Ahora pienso que Jimmy, el mudo, está de acuerdo con Guy.

—¿Qué dices?

—Conozco muchas cosas de Guy que no te he dicho.

—¿Por ejemplo?

—He conocido a Kathy, su amante. Steve arrugó el ceño.

—Oh, no, Glenda.

—Sí, Steve... Guy me dijo esta tarde que necesitaba visitar a un antiguo amigo suyo que se encontraba en mala situación. Vive en Bradbury. Yo le seguí en un taxi. Vi cómo entraba en un bar y al cabo de un rato salía en compañía de una mujer muy llamativa, una pelirroja.

—No lo creería nunca de Guy.

—Pues tienes que creerlo, porque lo he visto con mis propios ojos. Más tarde regresé a casa, y Guy llamó para decirme que se retrasaría un poco.

Steve se acercó a la mesa y sirvióse una ración de *whisky*.

—Lamento mucho que vuestro matrimonio haya desembocado en esto. Pero todavía me siento optimista con respecto a tu felicidad.

—No, Steve. Yo soy una mujer acabada.

—No digas eso, Glenda.

—Guy terminará por darme muerte.

—No, Glenda. No lo logrará.

—Te digo que Jimmy estaba aleccionado por él.

—Pero Guy no podía saber que tú estabas sola en casa.

—Claro que ha podido saberlo.

—¿Cómo?

—Vigilando desde fuera. De esa forma se ha podido enterar del momento en que Maggie salía. Entonces se ha llegado con Jimmy y le ha dicho lo que tenía que hacer. Steve paseó por la estancia frotándose la cabeza.

—No puedo admitirlo. Guy un asesino y queriendo matar a su propia mujer...

—¿Qué tiene de particular si se ha enamorado de la pelirroja?
¿No ha ocurrido otras veces que un marido ha intentado deshacerse de su esposa porque amaba a otra mujer?

—Sí, ha ocurrido muchas veces, y yo tengo unos cuantos pacientes en el hospital que salvaron el cuello gracias a una declaración de insania. Hombres que asesinaron a sus esposas, mujeres que asesinaron a sus maridos...

—Guy tendrá más suerte que ellos.

—¿Qué quieres decir?

—Él matará y seguirá estando libre —sonrió amargamente—. Podrá disfrutar de mi dinero con su pelirroja.

Steve se acercó a ella y, le alzó la cara tomándola por la barbilla.

—A partir de ahora le va a resultar difícil.

Glenda lo miró a los ojos. Siempre le habían gustado los ojos azules de Steve. Tenían un brillo especial. Poderoso.

—Glenda. Ese hombre no merece tu cariño... No lo merece...

—Tienes razón, Steve.

—No quiero que contestes ahora. Sólo quiero que me escuches.

—Sí, Steve.

—No estarás sola, Glenda. Yo permaneceré vigilante. Después de su fracaso, Guy no se atreverá a intentarlo otra vez.

—Pero me podrá matar con los comprimidos.

—No bebas nada que él te dé.

—Pero ¿hasta dónde podré resistir?

—Lo soportarás.

—Voy a estar a solas en la casa con él, Steve. ¿Es que no te das cuenta?

—Mi intención es sorprenderlo. Necesitamos una prueba contra él y hasta ahora no tenemos ninguna.

—Está Jimmy.

—Su testimonio no sería tenido en cuenta en virtud de su deficiencia mental. No, Glenda. No hay ninguna prueba contra tu marido. Por eso me resisto a creer en su culpabilidad... Quizá todo hayan sido coincidencias. Por eso debemos darle un margen de crédito, una posibilidad...

—Como tú quieras, Steve.

—Si él tiene una amante, a esa Kathy, te odiará.

—Me odia mucho... Me quiere ver muerta, Steve.

—Tienes que tranquilizarte, simular para que él no se dé cuenta de cuáles son nuestros propósitos —le dio una palmada en la mejilla.

—Sí, Steve.

—Ahora me tengo que marchar.

Ella sacudió la cabeza, llevándose las manos a las sienes.

—Me da todo vueltas.

—Recuerda que mañana has de venir a mi clínica.

—¡Oh, Steve! —dijo ella, y se le quedó mirando—. Sí, a tu clínica.

—¿Te encuentras mal?

—De pronto he sentido un ligero mareo.

—Será mejor que te acuestes.

—¿Y si, aprovechando el sueño, Guy intenta matarme?

—No, Guy no es tonto. No lo hará porque en ese caso demostraría ser culpable. Guy tendrá que echar mano a un procedimiento que le asegure, la impunidad.

—Preferiría que te quedases, Steve.

—Con eso no adelantábamos nada, Glenda. Absolutamente nada.

—No me hagas caso. Pero ten cuidado con Guy.

—Tendré mucho cuidado. No te preocupes. Hasta mañana, Glenda. Se inclinó sobre ella y la besó en la frente.

Cuando se iba a retirar, la joven le tomó una mano.

—Steve, no sé lo que haría sin ti.

—Necesitas descansar. Vete a la cama. Ella hizo un gesto afirmativo.

Cuando Steve salió de la casa, se quedó en el porche escudriñando la espesa niebla que rodeaba el jardín.

Permaneció un rato inmóvil y finalmente descendió los escalones y ganó la calle. Cuando su coche se alejaba, una sombra emergió junto a unos macizos de rosales y unos ojos brillantes miraron hacia el vehículo que se alejaba.

Era Guy.

CAPÍTULO X

El cuervo estaba graznando sobre la calavera. Era un canto desagradable. Ella trató de incorporarse, pero no podía. Había algo que la tenía paralizada.

Hizo otro esfuerzo, pero tampoco logró moverse una sola pulgada. Entonces el cuervo graznó otra vez y su canto pareció una carcajada interrumpida.

Sentía cómo el sudor le corría por el cuello, por sus brazos, por el pecho...

Hizo un esfuerzo sobrehumano para romper aquellas ligaduras invisibles que la tenían atenazada y de pronto el cuervo saltó de la calavera y se detuvo sobre sus rodillas.

Ahora le vio los ojos, unos ojos del color de la turquesa, que la miraban fijamente. Y otra vez se puso a graznar.

Pensó que el próximo salto del cuervo sería sobre su cuello y entonces lo tendría muy cerca, encima. Sólo tenía que incorporar las piernas para que el cuervo se marchase. Sólo eso. Era muy sencillo.

Reunió todas sus fuerzas. Ya estaba preparada. ¡Ahora!

Pero siguió tan inmóvil como antes, y el cuervo rompió a reír y batió las alas para dar el siguiente salto.

Glenda lanzó un grito y despertó.

—Hola, querida.

Vio a Guy a su lado, en el lugar donde debía estar el cuervo, igual que la otra vez. Sí, siempre estaban unidos. El cuervo y Guy. Guy y el cuervo.

—¿Otra pesadilla?

—Sí, Guy. ¿Cuándo has llegado?

—Hace un momento.

—¿Y tu amigo?

—Lo dejé instalado en un hospital. No quería ir, pero al final lo

conseguí.

Glenda se dijo: «Otra mentira, Guy. ¿Cuántas llevas ya? No hay tal amigo. Es ella, la pelirroja. Pero ahora la conozco. No te sirve de nada. Sólo estuviste, con ella. Te pareció muy poco tiempo y prolongaste tu estancia durante un buen rato, hasta que se te ocurrió utilizar a Jimmy contra mí. Sí, yo mismo te di las armas al decirte que Maggie se había marchado».

Guy se volvió hacia la mesilla de noche.

—Te he traído esto.

Glenda tuvo un estremecimiento al ver sobre la mesilla de noche un plato donde descansaba un vaso de leche.

Bien, Guy al fin se había decidido a matarla por sus propios medios. Quizá había empezado a sospechar que ella y Steve estaban al corriente de sus maquinaciones.

Guy cogió el vaso de leche y se volvió con él en la mano.

—Bebe, querida.

—No tengo ganas.

—Tienes que beber.

—No, Guy. No puedo.

—Vamos, nena, tienes que alimentarte. Has adelgazado otra vez —le sonrió—. Una cosa es estar en línea y otra quedarte en los huesos. Es lo que te va a pasar a ti. Has de tomar alimento.

—No me gusta la leche.

—Recuerda que Steve dijo que te convenía —le acercó el vaso a la boca.

Glenda estuvo a punto de gritar: «No, Guy. No beberé de ese vaso». Pero lo tomó diciendo:

—Sí, Guy.

—Así me gusta más. —Guy, después de entregarle el vaso, sacó un cigarrillo y lo encendió.

Glenda trató de sentarse en la cama y de pronto el vaso le resbaló de los dedos y, después de derramar su contenido sobre las sábanas, rodó hasta el suelo.

—¡Oh, Guy, cuánto lo siento! ¡Qué torpe he sido!...

La sonrisa desapareció de los labios de Guy, que se quedó mirándola.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Qué dices?

—Lo has derramado intencionadamente.

Glenda sintió que oleadas de calor le; subían a la cara.

—Se me ha resbalado.

—¿Qué es lo que piensas, Glenda?

—No te entiendo.

Guy se puso en pie y dio unos pasos por la estancia. De pronto se volvió, señalándola con el dedo:

—Tengo la impresión de que has pensado por un momento que ese vaso pudiese contener algo aparte de la leche.

Ella hubiese reído de buena gana diciendo: «Sí, Guy. Te he desenmascarado. Ya no te valdrá ninguno de tus trucos. Ahora sé realmente quién eres, un hombre sin escrúpulos, un asesino que quiere desembarazarse de su mujer para casarse con otra. Sí, con esa pelirroja».

—He logrado reconciliar a mi amigo con su esposa —oyó decir a Guy de pronto.

—¿Qué dices?

—Me estoy refiriendo a Ernie Temple. Se casó hace cuatro años con una muchacha muy agradable... Ernie la conoció en un concurso de pelirrojas.

Glenda sintió que se le crispaban los nervios. Guy se estaba justificando. Se había dado cuenta de que ella lo había seguido, y ahora su amante, la pelirroja, pasaba a ser la mujer de Ernie Temple.

Guy continuaba hablando:

—Ernie y Sally riñeron hace un año. Él estaba enfermo y no aportaba ningún dinero. Ella tuvo que trabajar en grande. A Ernie le dolía mucho verla así y empezó a sentir celos... Sally trataba de soportarlo, hasta que un día la riña fue demasiado fuerte y ella lo abandonó. A partir de ese momento creo que Ernie sólo sintió deseos de morir. Hablé con Sally...

«No, Guy. Ya te conozco bien. Podrías haber inventado otra excusa en lugar de ésta y continuaría sin valerte».

—Sally trabajaba en un bar.

Ya salió. Todo quedaba redondeado. Pero Guy ignoraba que ella no necesitaba ninguna justificación para sus actos.

—Guy, tengo mucho sueño.

—Te traeré otro vaso de leche.

—Te he dicho que no lo tomaré y no empieces a decirme que eso es lo que me conviene.

—Está bien, pequeña, pero no te irrites.

Hubo un silencio entre marido y mujer, y al fin Guy sacudió la cabeza.

—¿No me necesitas para nada?

—No, Guy. No te necesito. Buenas noches.

Su esposo dio media vuelta, y andando lentamente salió de la habitación. Cuando Glenda quedó a solas, se apretó la frente con la mano.

Dios mío, aquello habría de terminar cuanto antes. No podría soportarlo mucho tiempo.

* * *

Al día siguiente estaba en el baño cuando oyó que llamaban a la puerta, que había cerrado con llave.

—¡Glenda!

—Estoy en el baño —le gritó.

—Bien. Te espero en la cocina. Prepararé el desayuno. Oyó sus pasos que se alejaban y continuó bañándose.

De modo que él iba a preparar el desayuno. ¿Cómo lo haría? ¿Con arsénico o emplearía cianuro? No; no comería nada. Tenía que ir a la consulta de Steve. Se iría en seguida. Ya comería algo por el camino.

Cuando bajaba la escalera se dijo que no pasaría por la cocina. Saldría de la casa sin que él se diese cuenta. Sí; eso sería lo mejor.

Empezaba a cruzar el *hall* cuando oyó su voz:

—Glenda.

Él había aparecido en el hueco que conducía a las dependencias de la servidumbre.

—Ya me iba —le respondió—. Recuerda que Steve me Citó temprano.

—Todavía falta una hora.

—No tengo ganas de desayunar.

—Está bien. No hace falta que desayunes, pero quiero hablar contigo.

¿Qué nueva treta habría preparado? Miró hacia la puerta. Si echaba a correr, él no podría alcanzarla.

—¿Vienes? —dijo él.

Su voz era persuasiva, suave.

Titubeó durante unos segundos, percal fin dio media vuelta y se dirigió a donde él estaba.

Guy le cedió el paso, siguiéndola hasta la cocina.

Vio sobre la mesa un plato con tostadas. La atmósfera estaba impregnada con el olor del café recién hecho.

—Glenda, mírame.

Ella se volvió hacia él y lo miró a los ojos.

—¿Me puedes decir qué te pasa, Glenda?

—Creo que estás al corriente, ¿no?

—Me estoy refiriendo a mí.

—¿A ti?

—Soy tu marido y tengo derecho a saberlo todo.

—Continúo sin entenderte.

—Has estado enferma, creíste que algunas personas se habían confabulado contra ti, llegaste a meter a Maggie...

—Sí, todo eso es cierto.

Quedó esperando sus nuevas palabras. Estaba seguro de que él iba a decir: «¿Glenda, me has metido a mí en la confabulación?». Sí; ésa era la pregunta. Guy la estuvo mirando un rato en silencio y finalmente dijo:

—Está bien, nos iremos mañana.

—Mañana, ¿a dónde?

—A Escocia.

—Oh, no, Guy. No podemos irnos.

—¿Por qué no?

—Steve dijo que no me convenía.

—Nos iremos a pesar del consejo de Steve.

—Guy, tú no puedes hacer eso.

—Claro que puedo.

—¿Por qué esa determinación repentina?

—Porque te quiero.

Ella levantó la barbilla sin dejar de observar su rostro.

Era inútil que dijese nada, aunque le podía decir muchas cosas. La primera palabra que se le ocurrió fue la de farsante. Pero prefirió guardar silencio.

Se dirigió al fondo de la habitación.

—Está bien, Guy. Nos iremos.

—Las cosas irán mejor allí, ya lo verás.

—Supón que Steve dice que no.

—Ya te he dicho que me importa un rábano lo que diga Steve. Yo sé mejor que él lo que te conviene.

—Siempre has dicho que Steve era un buen médico.

—No niego que lo sea, pero en tu caso me encuentro en mejores condiciones que él para diagnosticar.

Se hizo otro silencio, y Glenda decidió salir de aquella casa. Necesitaba respirar aire puro.

Cuando iba a pasar junto a él, Guy la tomó del brazo bruscamente.

—Todavía no me has dado una respuesta.

—¿Necesitas que te la dé?

—Me gustaría que estuvieses de acuerdo conmigo.

Bueno, ¿por qué no le daba la razón? Costaba muy poco y de esa forma se apartaría de él en seguida, porque no podía resistir la forma en que la miraba.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Nos iremos a Escocia.

Guy se agachó sobre ella y la besó en los labios. Glenda sintió un estremecimiento.

¿Cómo se atrevía a besarla? ¿Cómo, si pertenecía a otra mujer? Echó a andar confusa, llena de perplejidad.

—Puedes llevarte mi coche —dijo él.

—No creo que pueda conducir —respondió ella, y siguió su camino hacia la puerta. Tomó un taxi y dio al conductor la dirección de Steve.

La recepcionista, señorita Sterling, le sonrió al verla entrar.

—Buenos días, señora Travers. El doctor Lannigan anunció que usted vendría. Tiene ahora un paciente. En cuanto termine, la haré pasar.

—Gracias, Lisa.

La joven se sentó, y Lisa se acercó a ella con un paquete de cigarrillos. Encendieron las dos y la señorita Sterling preguntó:

—¿Cómo se encuentra su marido?

—Muy bien, Lisa. Gracias.

Lisa dio un suspiro mientras regresaba a su mesa.

Glenda sabía que la señorita Sterling sentía una gran admiración por Guy, o quizá fuese algo más que admiración. ¿Qué diría Lisa si

supiese que su marido era un asesino en potencia?

La puerta de acceso al despacho de Steve se abrió.

—No se preocupe, señora Mortimer —oyó decir a Steve—. Quitaremos esa jaqueca. Lisa tomó del brazo a una anciana de unos sesenta años y la llevó hacia la puerta. Steve se dirigió a Glenda:

—Hola, Glenda.

—Por favor, Steve —dijo ella levantándose bruscamente—. Necesito hablar contigo. Lisa se volvió al oír aquellas palabras.

Glenda se mordió el labio inferior mientras Steve decía:

—Ven conmigo.

Cuando estuvieron en el despacho, Glenda se volvió bruscamente.

—Quiere que vayamos a Escocia.

—Esa idea quedó rechazada.

—Ha insistido.

—Le dije a Guy que no era una buena solución.

—Esta vez me llevará a Escocia contra tu voluntad y la mía... ¿Qué podemos hacer, Steve? No quiere ir con él. No quiero.

El siquiatra meneó la cabeza.

—No te preocupes, Glenda. Te puedo prometer que no irás.

—¿Avisarás a la policía, Steve?

—No, no avisaré a la policía —repuso el siquiatra mientras la miraba fijamente a los ojos—. Me basto yo para que Guy no logre lo que pretende... No, querida. Él no podrá matarte nunca. Nunca...

CAPÍTULO XI

La señora Smitty sirvió el paquete de té a la señora Mantey.

—¿Cómo se encuentra su pequeño, señora Mantey?

—Mucho mejor. El viernes próximo te quitarán la escayola de la pierna derecha. Es lo que digo yo. Para volvérsela a romper... Le pedí al doctor que te pusiese una escayola de propina para tener a Rony en casa, pero, desgraciadamente, él no lo considera conveniente.

La señora Mantey pagó el importe de su té y salió del establecimiento mientras seguía rezongando contra los doctores.

La señora Smitty lanzó un suspiro y luego se volvió al oír un ruido a su espalda.

Su hijo Jimmy estaba clavando un cuchillo contra la madera, sentado en el suelo.

—¿Qué haces, Jimmy? Deja ese cuchillo quieto.

Jimmy alzó los ojos y emitió un gruñido. Luego se puso en pie y fue al interior del establecimiento, hacia la cocina. Al llegar, dejó el cuchillo sobre la mesa, pero luego lo tomó otra vez y después de sopesarlo unos instantes en la mano, lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

De pronto oyó una voz que conocía:

—Buenas noches, señora Smitty. Era Guy. El marido de Glenda.

—¿Cómo está, señor Clyde? —preguntó su madre.

—Muy bien, señora Smitty.

—Hace unos días que no veo a su esposa. ¿Se encuentra enferma quizá?

—Sólo un poco resfriada...

—¡Cuánto lo siento, señor Clyde!

—No se preocupe, señora Smitty. Glenda estará pronto muy bien.

—Lo celebro, mucho. La señora Clyde es mi cliente favorita. Tan

bonita, tan alegre siempre... Bueno, señor Clyde, ¿qué desea?

—Quisiera un abono para plantas. Ya sabe, aquel que me recomendó el otro día.

—¡Oh, sí! Usted se refiere a aquella mezcla que resultaba tan estupenda para los rosales.

—Exactamente.

—Debe tener cuidado, señor Clyde. Con, ese abono el señor Mathew mató a sus dos hermanas. Ocurrió hace un par de años, quizá usted lo recuerde.

—No, no lo recuerdo.

—Lo trajo toda la Prensa. El señor Mathew sirvió a sus dos hermanas el té. Pobres mujeres. Murieron en menos de media hora. Es un veneno muy fuerte, ¿sabe?

—Bueno, señora Smitty, yo sólo quiero el abono para las plantas y de paso le diré que no tengo hermanas.

La señora Smitty soltó una carcajada.

—¡Qué gracioso es usted! Claro que no tiene hermanas. Sólo le interesa que sus rosas sean las mejores.

—Exactamente, señora Smitty.

Jimmy estaba escuchando pegado a la pared. Su mano había ido a parar al escondite donde guardara el cuchillo, y sus dedos acariciaban el mango.

—Aquí lo tiene, señor Clyde —oyó decir a su madre.

Jimmy se acercó a la puerta trasera y desde allí miró a través de la reja metálica, hacia la parte de la calle donde se encontraba situada la casa de los Clyde.

Su madre estaba hablando otra vez:

—Presente mis respetos a su esposa, señor Clyde.

—Desde luego lo haré, señora Smitty.

—Dígale que tengo muchos deseos de verla.

—Gracias, señora Smitty. Jimmy vio a Guy cruzar la calle.

—¡Jimmy! —Oyó que lo llamaba su madre—. Jimmy..., ¿dónde estás? Siguió mirando a Guy Clyde, que estaba llegando al jardín de su casa.

—¡Jimmy!

Entonces dio media vuelta y salió al establecimiento.

—¿Dónde estabas, Jimmy?

El mudo movió la cabeza hacia la cocina.

—Te entretienes demasiado hijo —repuso la señora Smitty—. Tienes que ir al almacén del señor Scob. Nos hace falta ese pedido de té.

Jimmy hizo un gesto afirmativo, y su madre dijo:

—El señor Scob ya habrá cerrado el almacén porque cuando llegues será de noche, pero ve por la parte trasera. El señor Scob te abrirá. Dile que te preste el carro.

Jimmy sacudió la cabeza y salió de la casa. Ya había empezado a oscurecer.

Cuando pasó frente a la casa de los Clyde, se detuvo un instante y miró al porche y a las ventanas. Sus labios esbozaron una sonrisa mientras proseguía su camino.

* * *

Glenda estaba sentada en el banco de un parque público. Habían transcurrido muchas horas desde que salió de la consulta de Steve, pero no había ido a su casa. Almorzó en un restaurante y luego se dedicó a vagar por las calles.

Se había sentido cansada y por último se sentó en aquel lugar. Había perdido la noción del tiempo.

Pero su mente no había dejado de pensar una y otra vez, un millón de veces, en Guy. Hubo un momento en que se preguntó por qué seguía en aquella ciudad, donde su marido podía acabar con ella.

Sintió deseos de huir, pero recordó las palabras de Steve, y se dijo que no debía tener miedo.

Consultó su reloj. Eran ya las siete. Guy debería estar preguntándose dónde se había metido.

Se fue haciendo de noche poco a poco, y los faroles se encendieron.

Jirones de niebla avanzaban por la parte del río y se apoderaban de la ciudad.

Tomó un taxi en la misma puerta del parque y dio al conductor la dirección de su casa. Durante la carrera permaneció con los ojos cerrados, recordando los días felices que había pasado con Guy. Todo aquello se le antojaba ahora lejano, enormemente lejano. Su estancia en París con Guy, después de casarse, el «Luxemburgo», el bosque de Bolonia, Versalles...

—Señora...

Era el conductor. Ya habían llegado. Pagó la carrera y salió del coche.

Vio su casa extrañamente sumergida en la niebla. La luz del porche parecía más débil que nunca.

Se acercó a la cancela del jardín y se detuvo allí, sintiéndose sin fuerzas para pasar a la otra parte.

—Buenas noches, señora Clyde. Se volvió asustada.

Era el señor William, el cartero.

—Ah, hola, señor William.

—Vi a su marido antes y me dijo que se encontraba usted un poco enferma.

—Es sólo una indisposición pasajera, señor William.

—Lo celebraré.

—Gracias, señor William... ¿Trajo usted alguna carta?

—Sí, un paquete para, su marido.

—¿Un paquete?

—Sí. Se lo mandan de Munich.

—Gracias, señor William.

—Buenas noches, señora Clyde.

El cartero se alejó por la acera, y Glenda abrió la cancela.

Cuando entró en la casa se detuvo de pronto, percibiendo en la atmósfera un olor desagradable.

Vio la puerta del salón abierta.

—Guy —dijo entrando, pero no había nadie.

Encaminóse a la cocina, pero, tampoco vio a Guy, aunque el olor que había percibido se hacía allí más intenso.

Abrió una ventana para airear la estancia.

Regresó al vestíbulo y quedóse mirando hacia la parte superior de la escalera. Todo estaba en silencio y ahora la casa le pareció lúgubre, sobrecogedora.

—¡Guy! —llamó otra vez.

Esperó un rato sin obtener respuesta. ¿Dónde estaba él? ¿Esperándola, quizá, en el dormitorio de ella?

Subió lentamente la escalera, peldaño a peldaño.

Al llegar a lo alto se detuvo mirando el corredor vacío.

La habitación de Guy estaba cerrada, y por debajo de la puerta no se filtraba ninguna luz.

Abrió su puerta y dio la vuelta al conmutador. Tampoco lo

encontró allí.

Apoyó las espaldas en la pared pensando que Guy debía estar con la pelirroja. Se desvistió y púsose un batín, sentándose en la cama.

De pronto empezó a sentirse mareada. Quizá fuese debilidad. Apenas había probado bocado en aquel restaurante.

Bajó a la cocina y abrió el frigorífico.

Asó un poco de carne, que empezó a comer con apetito.

—Hola, nena —oyó la voz de Guy a sus espaldas.

Estaba allí, junto a la puerta, cubriéndose con su abrigo de cheviot y un sombrero oscuro.

—Buenas noches, Guy.

Él dio un paso hacia el interior observándola atentamente.

—¿Dónde estuviste?

—En la clínica de Steve.

—Eso fue esta mañana. Ha transcurrido mucho tiempo desde entonces.

—Estuve paseando.

—¿Por dónde?

—Ni siquiera lo sé.

Hubo un silencio entre ellos.

—Está bien —dijo Guy—. Me voy a acostar. Estoy muy cansado. Mañana hemos de madrugar para ponernos en camino.

—¿No me vas a preguntar lo que me dijo Steve?

—La verdad es que no tengo mucho interés. Pero puedes contármelo. Ella levantó la barbilla.

—No quiero cansarte más. Hasta mañana, Guy.

Salió de la cocina y ella se quedó oyendo el eco de sus pasos. Finalmente, todo quedó en silencio.

Miró la carne del plato y se dio cuenta de que había perdido otra vez el apetito. Eso lo había conseguido Guy con sólo hacerse visible.

Bien; ella también se iría a su alcoba y volvería a cerrar con llave, igual que la noche anterior.

Tomó un libro de la biblioteca, una novela que se desarrollaba en el marco de la independencia norteamericana, y subió a su dormitorio. Después de dar la vuelta a la llave, tendióse en la cama.

Se puso a leer, pero poco a poco sintió que se adormilaba. Saltó al oír que llamaban a la puerta.

—Glenda.

—¿Qué quieres, Guy?

—Me gustaría hablar contigo.

¿Por qué la llamaba a aquellas horas? ¿Por qué acudía a su dormitorio? ¡Oh, no, no podía abrir la puerta!

—Ya me lo contarás mañana, Guy.

—Es muy importante, Glenda. Abre.

—Lo siento, Guy, pero tengo un fuerte dolor de cabeza. Ya habrá tiempo mañana. Oyó sus pasos y después el ruido de la puerta al cerrarse.

Dio un suspiro y relajó el cuerpo, no tardando en dormirse.

Soñó que corría por un campo lleno de margaritas. A la derecha estaba el río. De pronto el terreno se ponía a ceder bajo sus pies y se hundía en una profunda sima. Las paredes eran cada vez más abruptas. Quería trepar, pero cada vez que sus manos aprisionaban la tierra ésta se desmoronaba entre sus dedos y volvía a caer al fondo. Súbitamente, en lo alto, aparecía una figura confusa. Era un hombre que no poseía rostro. Y él se agachaba sobre ella y le alargaba la mano para ofrecerle su ayuda, pero entre ambos existía una distancia demasiado larga.



—¡Me ahogas!

Ahora, frente a aquel hombre, aparecía otro que tampoco tenía rostro. Y también éste se agachaba sobre el agujero tendiéndole su mano, y entonces ella no sabía a dónde acudir. Al fin volvía las espaldas al primer hombre y trataba de alcanzar el brazo que le tendía el segundo, sin conseguirlo.

De repente los dos hombres desaparecieron y ella se encontró sola en la sima y se puso a gritar, pero no oía sus voces.

La tierra empezó a ascender otra vez bajo sus pies y se encontró arriba, sobre el prado lleno de verdor y de flores. Justo entonces vio a lo lejos al segundo hombre de su sueño.

Le hacía señas para que acudiese a su lado y ella echaba a andar a su encuentro, pero de pronto alguien a sus espaldas le gritaba que se detuviese. Y al volver la cabeza descubrió al primer hombre.

Oyó un zumbido lejano que fue acrecentándose, haciéndose cada vez más fuerte, hasta que se hizo tan intenso que tuvo que cubrirse los oídos con las manos, porque pensó que su cabeza iba a estallar.

Despertó observando que las luces de su dormitorio continuaban encendidas, y ahora oyó su voz interior: «Has llegado al final, Glenda. No puedes consentir que él te mate. No puedes. Y para que él no lo haga sólo tienes un camino. Mátaelo tú a él».

Se deslizó de la cama hasta el armario, donde abrió un cajón e introdujo la mano extrayendo un cuchillo.

«Sí, Glenda. Ése es tu único camino para librarte de Guy... Es él quien te está volviendo loca. Él quien lo ha preparado todo... Quiere a esa mujer, a Kathy, y no se detendrá ante nada por tenerla. Si no te ha matado antes es porque quiere asegurarse bien para no perder tu dinero. No puedes seguir esperando, o terminarás por volverte completamente loca. Entonces, quizá él no necesite apartarte de su lado para lograr sus propósitos. Merece la muerte y es lo que vas a hacer ahora. Acabar con él».

Apretó la mano sobre el mango y echó a andar hacia la puerta.

«Ten cuidado, Glenda. Él estará durmiendo, pero puede despertar. Has de hacerlo con sigilo, sin provocar el menor ruido».

Se deslizó por el corredor andando descalza, cubierta con el blanco camisón de nylon.

Al llagar ante el dormitorio de Guy se detuvo permaneciendo a la escucha. No; del interior no le llegó ningún ruido.

Puso la mano en el tirador y fue haciéndolo girar lentamente. Luego impulsó la puerta con suavidad, sin ninguna prisa, y pasó dentro.

Vio la figura de Guy en la cama, acostado sobre el lado izquierdo.

Avanzó lentamente. Un paso..., dos..., tres...

Al llegar al borde del lecho, levantó el brazo armado, inspiró profundamente y abatió el cuchillo sobre Guy.

La hoja de acero se hundió una vez, y luego ella la sacó de donde la había metido y asestó otra cuchillada.

De repente se hizo la luz, y Glenda giró bruscamente.

Junto a la puerta estaba Guy, y su cara parecía tallada en granito.

CAPÍTULO XII

—No me has matado, querida —dijo.

Glenda lanzó un grito y saltó sobre él para clavarle el cuchillo.

Guy le salió al encuentro, y cuando Glenda bajaba el brazo la sujetó férreamente por la muñeca.

—¡Suelta ese cuchillo, Glenda!

—¡Te mataré...! ¡Te mataré...! ¡Necesito matarte!

—Quiero que te estés quieta.

Entonces Glenda le pegó un rodillazo en el bajo vientre y él cayó de rodillas al suelo, dejando libre la mano que empuñaba la hoja de acero.

Glenda exhaló el aire por entre los dientes mientras se disponía a clavarle el arma en la espalda.

Pero Guy saltó a un lado, y ella, al perder el equilibrio, cayó al suelo. Guy se le echó encima sujetándola vigorosamente por los brazos.

—¿Quieres estarte quieta de una vez, Glenda?

—Maldito... No lo lograrás, Guy.

—No sabes lo que dices.

—Te he descubierto, Guy. Te he descubierto.

Guy la abofeteó en las mejillas por dos veces y luego bajó su cara sobre la de ella, proyectando el maxilar inferior hacia adelante.

—Escúchame bien, Glenda.

Ella cerró los ojos y los volvió a abrir.

—¿Qué pasa, Guy? ¿Qué ocurre?

—Es lo que me suponía, lo que había previsto. Estaba en lo cierto.

—No te comprendo, Guy. ¿Qué hago aquí? Me estás haciendo daño. Clyde se incorporó ayudándola a levantarse.

Ella todavía tenía el cuchillo en la mano y lo miró asustada.

—¿Qué es esto, Guy?

—Has venido a matarme.

Ella lo miró con ojos agrandados.

—No, Guy —dijo con voz débil. Guy señaló la cama.

—Mira esos almohadones. Clavaste un par de veces el cuchillo porque creías que era yo.

—No, Guy. Yo no he podido hacer eso.

—No. Tú no lo has hecho.

—No te comprendo.

—Ha sido obra de Steve.

Glenda lo miró con la boca abierta.

—Guy, ¿qué dices? —Arrojó el cuchillo lejos de sí. Retrocedió de un salto cuando él fue a tocarla.

—¡No me toques, Guy! Tú eres el que quiere matarme.

—No, cariño. ¿Cómo iba a desear yo tal cosa? Es Steve, que nos odia a los dos. Es él quien te ha hipnotizado.

—No te creo.

—Sí, nena. Steve te ha hipnotizado unas cuantas veces para hacerte creer cosas que no existían.

—Me estás mintiendo. No te creo una sola palabra.

—Has de creerme. Te dices a ti misma que serías incapaz de coger un cuchillo y venir a mi habitación para matarme, ¿verdad?

—No, Guy. No sería capaz de eso.

—Pues ahí lo tienes. Debe servirte para convencerte. Tú serías incapaz por tu propia voluntad de venir aquí a acuchillarme, pero sin embargo lo has hecho. ¿Lo reconoces o no?

Ella lo miró a él por entre los dedos y miró también el cuchillo que estaba en el suelo.

—¡Oh, es horrible!

—Sí, querida. Es horrible que un hombre pueda utilizar su ciencia, sus conocimientos, para volver loco a alguien, para obligarlo a asesinar. Eso es lo que ha hecho contigo Steve. Primero quiso volverte loca, pero eso no le bastaba a él. No podía resistir la idea de que yo continuase vivo. ¿Sabes cuál era su plan? Convertirte en una asesina y luego hacer que te encerrasen en un manicomio por el resto de tu vida.

—¡Oh, no, no! Steve no ha podido imaginar un plan tan miserable. ¡Él me quiere!

¡Estaba enamorado de mí!

—Te quería, estaba enamorado de ti y no pudo resistir la idea de que pertenecieses a otro hombre.

Glenda tenía la impresión de que se estaba ahogando.

Dio media vuelta para salir de la habitación, pero Guy la alcanzó cuando ponía la mano en el tirador y la hizo volver bruscamente.

—¿Me crees, Glenda?

—No. No te puedo creer.

—Entonces, es a él a quien crees.

—Sí.

La cogió por el cuello aplastándole la cabeza contra la puerta.

—Glenda, me he propuesto atrapar a Steve Lannigan pero tienes que ayudarme.

—Me quieres engañar otra vez, Guy. Pero no lo lograrás. Yo escuché la conversación...

—¿Qué conversación?

—La tuya con tu amante.

—Jamás he tenido una amante.

—¿Eres tan hipócrita que no lo vas a reconocer? Yo la vi con mis propios ojos. Es la pelirroja. Te vi salir con ella del bar.

—Esa pelirroja es Sally Temple, la esposa de Ernie. Te lo expliqué.

—No. Kathy es tu amante.

—¿Qué Kathy?

—La mujer con la que hablaste al terminar tu comedia, con la que te casarías después de morir yo. Los dos os pusisteis a hablar en aquella ocasión, y fue ella quien te metió en la cabeza la idea de matarme, una vez confesaste que mi desequilibrio mental no era suficiente para encerrarme.

—Sólo estás diciendo tonterías. Ese diálogo no fue el que tú oíste. Esa señora, Kathy, nuestra nueva vecina, se llegó a nuestra casa por azúcar.

—Ésa fue la segunda conversación.

—¿Por qué no has empleado la lógica, Glenda? Tú oíste lo que Steve pretendía que oyese y te lo puedo demostrar. Basta con que emplees el sentido común. Escúchame y verás.

—Estoy mareada, confusa...

—Tienes que tratar de hacer un esfuerzo para comprenderlo, Glenda. Volvamos al momento en que oíste la conversación entre

mi supuesta amante y yo. ¿Qué pasó después?

—Fui a contárselo a Steve. Él no quiso creer en tu infidelidad y entonces le sugerí que viniese a casa para demostrárselo. Pusimos la cinta, pero ya no oí aquel diálogo, sino a Kathy pidiéndote, el azúcar.

—El único diálogo que quedó grabado en la cinta fue ése. Cuando escuchaste la segunda conversación ya no estabas bajo la hipnosis porque a Steve no le interesaba.

—Si Steve me hipnotizó, ¿cómo podía saber él que después de dictar la comedia habías hablado con la vecina?

—Es muy sencillo. Él oyó la cinta con anterioridad... Después que tú me hiciste la llamada a Escocia para anunciarme que Maggie también estaba contra ti, intenté hablar con Steve, pero Lisa Sterling me dijo que había salido para Manchester.

—Sí, lo recuerdo.

—Steve no había ido a Manchester. Steve estaba en Escocia, muy cerca de nuestra propia casa. Tuve que salir para encargarme el billete del avión, y él aprovechó mi ausencia para introducirse en la casa.

—¿Cómo lo sabes?

—Nuestra vecina Kathy vio salir a un hombre por una de nuestras ventanas y me dio la descripción. Quedé asombrado al ver que coincidía en todo con Steve. Fue entonces cuando me di cuenta de que tu estado podría deberse al propio Steve, a ese amigo tan estupendo, a ese hombre que estaba enamorado de ti... Echa la mirada atrás y comprenderás cómo él ha ido amontonando cargos y más cargos contra mí. ¿Qué pasó con lo de Phil Coleman? Fue el propio Steve quien se valió de alguien para que se hiciese pasar por Coleman y sacarme de casa.

—Pero él no sabía que nosotros íbamos al hipódromo.

—No, él no lo sabía, pero su cómplice nos estaba vigilando.

—¿Quién?

—Ha tenido muchos tipos a su disposición para elegir entre ellos uno que le sirva de informador. Todo resulta claro, Glenda. ¿Es que no lo comprendes? Te ha estado hipnotizando, ha abusado de tu confianza. Tú sólo pensabas lo que él quería que pensases...

—Es inverosímil.

—Monstruoso, digo yo. Pero se lo haré pagar. Y para eso tienes

que ayudarme.

Glenda se echó en sus brazos, y él la apretó contra si y la besó en el cuello.

—¡Oh, Guy, marchémonos de aquí inmediatamente!

—No, nena. No podemos marcharnos.

—¿Por qué no?

—Ya te lo he dicho. Quiero cazar a Steve.

—Pero no puedes matarlo.

—No he dicho que lo quiera matar, pero ese hombre está loco. El único que tiene perturbada su cabeza es él. Lo pondré en manos de la policía y que sean ellos quienes se ocupen de lo demás.

—Sí, Guy, pero ¿a qué ayuda te refieres?

—Oyeme bien. Tú fuiste esta mañana a su consulta. Él te debió hipnotizar entonces para conseguir de ti que esta noche, mientras yo estuviese durmiendo, despertases de tu sueño y cogieses el cuchillo que yo había descubierto en tu cajón.

—¿Lo descubriste?

—Desde que llegué de Escocia con la íntima convicción de que Steve se había apoderado de tu voluntad en beneficio suyo, me he mantenido vigilante. ¿Por qué crees que insistía en nuestro viaje a Escocia? Sólo quería sacar de sus casillas a Steve, obligarle a que cometiese un fallo. Imaginé que él no resistiría la idea de que tú y yo nos alejásemos de él. Steve picó el anzuelo. Por eso te hipnotizó esta mañana. Ahora necesito saber lo que te ordenó para después de darme muerte.

—Tenía que llamarlo a su apartamento para decirle que yo te había matado.

—¿Y después?

—Sólo eso.

—¿Estás segura?

—Lo estoy, Guy.

—¿No dijo nada de que vendría con la policía?

—No.

—Bueno, imagino que lo habría hecho después para que se hiciesen cargo de ti. —Guy señaló el teléfono que había sobre la mesilla de noche—. Vas a discar su número para decirle que todo salió bien.

—¡Guy!

—Tienes que hacerlo, Glenda. Has de decirle que estoy muerto en la cama, donde me sorprendiste.

—¿Qué pasará después?

—Me imagino que él vendrá aquí, y tú tendrás que recibirlo.

—¡Oh, no, Guy! No podré.

—Podrás, pequeña. Tienes que hacerlo.

Durante un rato sólo se oyó en la habitación la respiración jadeante de la joven. Por último movió la cabeza de arriba abajo y acercóse a la mesilla de noche.

Descolgó el auricular marcando el número de Steve.

Respiró profundamente mientras se oía la señal al otro lado. De pronto descolgaron y sintió un estremecimiento al oír la voz de Steve.

—¿Sí?

Glenda miró a su marido, quien le hizo una señal afirmativa.

—Soy Glenda, Steve... He matado a mi esposo.

—¿Qué es lo que dices que has hecho?

—He matado a Guy.

—¡No, Glenda!

La joven se quedó desconcertada. ¿Por qué decía aquellas cosas Steve? ¿No la había hipnotizado él para que matase a Guy?

—¿Quién hay en la casa? —le oyó preguntar.

—Yo sola, Steve.

—Pero ¿cómo lo has podido hacer?

—Me desperté y fui derecha al armario donde ayer guardé un cuchillo. Entonces me dirigí al dormitorio de Guy y lo maté.

—¿Has avisado a alguna otra persona?

—No, Steve.

—Está bien. Voy inmediatamente para allá.

—Sí, Steve.

Glenda oyó que colgaban, y entonces sintió que las piernas se le doblaban y el auricular escapó de sus manos.

Guy la alcanzó antes de que se golpease contra el suelo.

—¡Glenda!

La llevó hasta la cama, donde la tendió. Luego fue al cuarto de baño y regresó con un vaso de agua.

—Anda, bebe. Se te pasará en seguida.

Glenda miró el vaso y luego a la cara de Guy. ¿Cuál de los dos

tenía razón? ¿Cuál de ellos? Sí, ella estaba en una profunda sima y ya conocía los dos hombres que en su sueño había visto sin cara. Uno era su propio marido y el otro Steve. Uno de ellos pretendía volverla loca o matarla.

Guy había acercado el vaso a sus labios y sentía la garganta reseca. Bebió un trago. Luego Guy dejó el vaso sobre la mesilla de noche y pasó la mano por los hombros de su mujer apretándola contra sí.

—Mañana, cuando todo haya terminado, nos iremos a Escocia.

—Pero ¿qué quieres que haga cuando venga Steve?

—Tráelo aquí arriba. Lo demás corre de mi cuenta.

—¿Qué vas a hacer?

—No te preocupes. Lo obligaré a que confiese.

—Pero él no querrá.

—He dicho que lo obligaré.

Glenda apretó su cara contra el pecho varonil.

—Guy, ¿no sería mejor que llamas a la policía?

—No tenemos ninguna prueba contra Steve. Hemos de procurar que él mismo se ate la cuerda al cuello.

Permanecieron un rato abrazados.

De pronto se oyó el timbre de la puerta.

Glenda levantó la cara mirando a Guy con ojos asustados.

—Es él.

—Sí, querida. Es Steve. Recuérdalo. Has de mantenerte serena y atraerlo aquí. Yo estaré en el lecho.

—Sí. Guy.

Los dos se pusieron en pie, y él la acompañó hasta la puerta.

—¡Oh, Guy, tengo miedo!...

—Has de ser valiente —la besó junto a la nariz.

—Sí, Guy.

Glenda salió de la habitación.

Cuando llegaba a la escalera sonó otra vez el timbre. Entonces apretó los puños sobre los muslos y empezó a bajar con determinación.

CAPÍTULO XIII

Glenda abrió la puerta, y Steve Lannigan entró en la casa.

—Bueno, Glenda, ya me tienes aquí. ¿Qué es lo que me dijiste por teléfono?

—He matado a mi marido —respondió la joven tratando de eludir la mirada que él le dirigía.

—¿Con qué?

—Ya te lo dije: con un cuchillo.

—¿Por qué no me quieres mirar?

—Ha sido terrible, Steve —dijo ella alzando la cara.

Vio sus ojos azulados. Sí, brillaban mucho y resultaban poderosos.

—No apartes la mirada, Glenda.

—No, Steve.

—Has matado a Guy.

—Sí.

—Lo hiciste después que te despertaste.

—Desde luego, lo hice así, como tú me mandaste.

—Repítelo.

—Como tú me mandaste.

Steve siguió mirándola con los ojos entornados y ambos estuvieron así durante un minuto.

—Glenda... Quiero que me respondas ahora con la verdad. ¿Lo oyes? Con la única verdad. Yo soy tu único dueño, el dueño de tu voluntad, y tienes que obedecerme en todo. En todo.

—Sí, Steve.

—Cuéntame qué pasó después que despertaste.

—Tomé el cuchillo y fui a su alcoba. Pero Guy no estaba en la cama.

—¿Cómo?

—Guy lo había preparado todo.

—¿Qué es lo que había preparado? —preguntó Steve crispando la boca.

—Preparó unos almohadones y los arropó con la colcha para que yo creyese que él estaba allí. Descargué el cuchillo dos veces y entonces se encendió la luz y Guy apareció en la puerta.

Steve alzó los ojos hacia la parte superior de la escalera, pero la vio desierta.

—¿Dónde está Guy ahora?

—En su dormitorio, en la cama, simulando que está muerto.

—¿Por qué?

—Me ha dicho que debo llevarte allí para obligarte a confesar.

—Conque Guy quiere eso de mí, ¿eh? —rió silenciosamente—. Le vamos a dar una sorpresa, nena. Anda, subamos arriba.

Ella dio media vuelta y echó a andar hacia la escalera.

Steve sacó una pistola del bolsillo, y después de observarla la volvió a guardar.

Subieron por la escalera, y al llegar ante la puerta del dormitorio de Guy, Steve se adelantó y abrió bruscamente. En efecto, en la cama se encontraba Guy.

—Pasa, Glenda.

Los dos entraron en la habitación, y Steve cerró la puerta.

—Guy, no hace falta que continúes simulando. Sé que estás vivo. Ella me lo ha dicho. Guy se volvió bruscamente en la cama.

Steve exhibió la pistola apuntándole al pecho.

—Cuidado. Guy. Tengo un arma.

Guy miró a su mujer y la vio inmóvil, la mirada perdida en el vacío.

—Lo has vuelto a hacer, ¿eh, canalla? La has hipnotizado otra vez.

—Sí.

—¿Qué vas a adelantar con eso, Steve?

—Voy a acabar con los dos.

—¿Estás loco? No podrás lograrlo.

—Claro que podré.

—Ya hubo bastante con lo que hiciste, Steve. Hasta ahora no te has manchado las manos con sangre. No creo que te atrevas a cargar con dos crímenes.

—¿Por qué han de ser crímenes? Todo va a resultar natural.

—¿Qué has planeado como final de tu comedia, Steve?

—Va a ser ella misma, tu mujer, quien dispare contra ti. No hay ningún cambio en el plan, sólo que en vez de cuchillo ella utilizará la pistola.

—¿Y después?

—Tu mujer está en tratamiento. Es una desequilibrada. Le tengo ya su destino.

—¿Dónde?

—Una bonita celda en Manor Rayburn, un lugar maravilloso en la costa de Irlanda del Norte. ¿No has estado allí nunca?

—No.

—Parece un lugar arrancado del mismo infierno. Siempre húmedo. Es raro el día que no llueve. Es un buen manicomio.

—Pensé que estabas enamorado de Glenda. ¿Cómo le puedes dar ese destino?

—Porque prefirió a otro hombre.

—Entonces no la puedes querer. Es odio lo que hay en tu pecho, Steve. Un odio feroz contra ella y contra mí.

—Puedes pensar lo que quieras.

—Te propongo otra cosa, Steve. Mátame o haz que ella me mate, da lo mismo, pero ¿por qué has de enviarla al manicomio?

—Alguien tiene que cargar con tu muerte. No te creas más listo de lo que eres.

—¿Por qué no me hipnotizas a mí, Steve? ¿Podrías ordenar que me arrojase por la ventana?

Steve rió.

—No se puede hipnotizar a todas las personas. Probablemente, tú eres de ésos cuya voluntad yo no conseguiría dominar.

—Haz el experimento.

—No me interesa en absoluto. Mi combinación resulta mucho más distraída.

—Dime antes una cosa, Steve. ¿Quién es tu cómplice?

—Un tipo que está un poco tocado de la cabeza. Me obedece en todo sin necesidad de que lo hipnotice.

—Imagino que fue el mismo que lanzó el coche sobre ella.

—Sí, pero yo le dije que no debía hacerle daño. Aquello era una etapa más del tratamiento.

—He conocido a gente miserable, pero tú eres el peor de todos,

Steve. Trataste de ganar la confianza de Glenda y sólo fue para vengarte de ella.

—Ha resultado un juego emocionante.

—Pero algo te ha pasado desapercibido.

—¿El qué?

—Que podrías haberla conseguido simplemente con quitarme a mí de en medio. Debo confesar que Glenda tenía ya miedo de mí. Había dejado de quererme, y, por consecuencia, ya estaba pensando en ti como al hombre con quien ella debería haberse casado. ¿Lo oyes, Steve? Teniendo ese poder hipnótico pudiste utilizarlo en tu beneficio. Eso demuestra que no la has querido.

—¿Ya te has desahogado bastante?

—Puedes disparar.

—No, Guy. Ya te he dicho que no voy a ser quien ya a disparar, sino ella —hizo una pausa y se acercó a la joven—. Glenda.

—¿Qué, Steve?

—Ahí tienes a tu marido, a Guy, al hombre que ha querido volverte loca. Fue quien fraguó la confabulación.

—¡No, Glenda, no lo creas! —dijo Guy. Y fue a lanzarse sobre Steve, pero éste lo detuvo con un movimiento de la pistola.

—Quieto, o tendré que ser yo quien dispare. No creas que conseguirías alterar en algo mi plan. Después pondría la pistola en la mano de Glenda.

—Entonces, ¿por qué no disparas tú?

—Porque quiero tener la satisfacción de que sea ella quien lo haga.

—Eres el único que está loco. Steve soltó una risotada.

—Tendré que matarte o serás tú el que te vuelvas loco de rabia, ¿verdad, Guy?

Guy trató de calmarse. Tenía muy pocas posibilidades de salir con vida de aquella prueba, pero debía intentarlo.

De pronto, el teléfono se puso a repiquetear.

Steve y Guy miraron al mismo tiempo hacia la mesilla de noche.

—¿Quién es? —preguntó Steve.

—No lo sé.

—Estás mintiendo, Guy.

—Te aseguro que no tengo la menor idea de quién me llama.

—¿De quién esperabas una llamada?

—Quizá es una admiradora que se ha acordado de pronto de mí.

—No digas estupideces.

El teléfono seguía sonando.

—Anda, cógelo.

—¿Me vas a decir también las respuestas?

—Ten cuidado con lo que hablas o juro que disparo.

—No te pongas nervioso.

Guy recorrió la distancia que lo separaba de la mesilla de noche y atrapó, el auricular.

—Ten cuidado con lo que hablas por el cable —le advirtió Steve otra vez.

—¿Sí? —dijo Guy por el micro.

—Le habla el inspector McDonald, de Scotland Yard.

—Buenas noches, Eunice.

—¿Cómo? ¿Es usted el señor Clyde?

—Sí, desde luego.

—Usted vino ayer a Scotland Yard para contamos algo relacionado con su mujer, respecto a una supuesta hipnosis que le producía el propio siquiatra que la estaba atendiendo.

—Sí, Eunice. Exactamente. No puedo ofrecerte ese papel de actriz, pero habla con Paddy. Quizá él tenga otra cosa para ti.

—Oiga, ¿a cuál de ustedes asiste el siquiatra? ¿A su mujer o a usted?

—Hasta la vista, Eunice —dijo Guy, y colgó.

—¿Quién era? —inquirió Steve.

—Una antigua amiga, actriz de segundo orden, que quiere meter cabeza en el teatro. Guy seguía sujetando el auricular. Mientras hablaba con el inspector McDonald había pensado que el auricular tenía suficiente hilo para lanzarlo sobre Steve, pero, naturalmente, resultaría imposible alcanzarle la cabeza porque el propio hilo haría que cayese en el suelo. Pero al menos contaría con unos segundos para poder llegar hasta Steve.

—Glenda —dijo Steve—, vas a matar a Guy.

—Sí, Steve —repuso la hipnotizada joven.

—Toma la pistola. No quiero que te detengas. Has de disparar inmediatamente. Y para que haya seguridad quiero que agotes el cargador.

—Sí, Steve.

El siquiatra alargó la mano con la pistola, y Glenda fue a atraparla. Fue entonces cuando Guy lanzó el teléfono sobre Steve.

Lannigan se revolvió apretando el gatillo. Guy cruzó de una parte a otra sintiendo que una bala le rozaba la cabeza.

Ya no dio tiempo a que Steve disparase por segunda vez.

Clyde le golpeó el estómago con la cabeza, y los dos rivales se derrumbaron en el suelo dando vueltas hacia la puerta.

Guy atrapó la mano armada de Steve y le hizo una torsión brusca.

El siquiatra dejó caer el arma, lanzando un gemido por entre los dientes.

Luego, Guy le golpeó en la mandíbula, pero casi falló el golpe, porque Steve dobló en ese momento la cabeza y luego replicó incrustando la rodilla en el bajo vientre de Guy, el cual se desplomó hacia atrás.

Steve se abalanzó otra vez sobre la pistola.

CAPÍTULO XIV

Guy se puso en cuclillas y saltó sobre Steve cuando éste ya se revolvía con la pistola en la mano, listo para hacer fuego.

Otra vez los dos cuerpos rodaron sobre la alfombra.

Glenda estaba aturdida, sujetándose la cabeza con las manos, porque poco a poco parecía ir saliendo de su sueño hipnótico.

Guy estrelló el puño en la mandíbula de Steve. Sintió cómo el cuerpo del siquiatra se relajaba, quedando inmóvil. Entonces atrapó la pistola y la metió en el bolsillo de su chaqueta.

Vio a Glenda con los ojos fijos en él.

—Bueno, nena. Era tal como yo creía.

—¿Qué ha pasado?

—Se volvió a apoderar de tu voluntad y te trajo aquí para que me matases, esta vez con una pistola —se golpeó el bolsillo donde tenía el arma.

—Guy.

Él corrió a su lado y la estrechó contra sí. La joven se puso a sollozar.

—Vamos, nena. Ya ha pasado todo. Tenemos la prueba.

—¿Ha confesado?

—Sí. —Guy se separó de ella y se acercó a la cama. Púsose en cuclillas y sacó el magnetofón. La cinta se estaba deslizando—. Aquí está todo lo que hemos hablado y también habrá quedado transcrito lo que tú y él hablasteis cuando entró en la casa. Puse otro magnetofón en el reloj. La cinta no tiene ningún valor ante los Tribunales, pero la policía se ocupará de hacer las comprobaciones que sean necesarias. Ayer estuve hablando con un inspector de Scotland Yard, quien por pura coincidencia me ha ayudado a salir ahora del atolladero. Hace un momento se le ocurrió llamarme para preguntarme cómo iban las cosas. El señor McDonald no creyó mucho en mis palabras cuando se enteró ayer de que yo era autor

de comedias. Pensó que estaba trabajando para Hitchcock.

—Guy, eres maravilloso.

Se abrazaron y besaron en la boca.

De pronto, Steve empezó a recobrar el conocimiento. Guy se apartó de Glenda.

Steve se puso en pie escupiendo un salivazo.

—Bueno, Guy, parece que momentáneamente la victoria es tuya.

—¿Qué es eso de momentáneamente?

—Al final, yo seré quien gane.

—Ni lo pienses. La policía se encargará de ti. Anda, nena, llama a Scotland Yard. Pregunta por el inspector McDonald y dile que venga.

—¿Qué prueba vas a alegar contra mí, Guy?

—Es una sorpresa que te reservo.

Steve, desde el lugar en que se encontraba, no podía ver el magnetofón.

—Lo desmentiré todo —sonrió—. Tú y tu mujer tendréis que conformaros.

—Ya verás cómo te equivocas. Anda, Glenda. Haz lo que te digo. La joven se dirigió a la mesilla de noche y descolgó el auricular. De pronto se dio cuenta de que no daba el tono.

—Guy —dijo—. Creo que han cortado el cable. Ya lo hicieron otra vez.

Steve sonrió sacudiendo la cabeza.

—Fue mi cómplice, Harry, que está fuera. Guy sacó la pistola.

—¿Te olvidas que soy quien posee el arma?

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Matarme a sangre fría, Guy?

—Tú y yo vamos a salir de la casa. Me haré cargo de tu cómplice y juntos iremos a la comisaría más cercana. Necesitaremos recorrer muy poca distancia.

—No iré contigo.

Guy le apuntó a una pierna.

—No te voy a matar, Steve, pero te voy a dejar cojo.

Steve leyó en la cara de Guy una fría determinación de apretar el gatillo, y sacudió la cabeza.

—Está bien, Guy. Iré contigo.

—Espera aquí, nena —dijo Guy. Y señaló a Steve la puerta con la pistola. Primero salió Steve y luego Guy, encaminándose ambos

hacia la escalera.

—Abre la puerta, Steve —dijo Guy cuando llegaron al vestíbulo. El jardín estaba rodeado por una espesa niebla.

—¿Dónde está tu cómplice?

—A la derecha.

—Muy bien. Echa a andar hacia ese lado.

Fueron juntos, y de vez en cuando, Guy apoyaba el cañón de la pistola en la espalda de Steve.

Al doblar por la esquina, Guy vio una forma confusa agazapada junto a la casa.

—Arriba, muchacho, y ten cuidado con lo que haces —dijo. Oyó un gruñido, y el tipo que había allí se incorporó.

—Acércate —ordenó Guy.

El hombre se incorporó. Era de baja talla, rechoncho, y cubría la cabeza con una gorra de visera.

—¿Qué ha ocurrido, señor Lannigan?

—Mi amigo Guy está corriendo con la pelota. Pero será por poco tiempo, Harry...

—Echen los dos a andar hacia la puerta principal, pero tengan cuidado con lo que hacen —ordenó Guy.

Steve y el tipo llamado Harry se pusieron en movimiento hacia la fachada de la casa.

—Vamos directos a la comisaría —anunció Guy—. Sigamos hacia la calle. De pronto, una sombra saltó sobre Steve Lannigan.

Se oyó un prolongado grito, y dos cuerpos cayeron al suelo.

Guy reconoció en la figura que había sobre Steve a Jimmy, al hijo mudo de la señora Smitty.

—¡Jimmy! ¡Apártate de ahí!

Jimmy se puso en pie y algo le brilló en la mano. Un cuchillo cuya hoja estaba teñida en sangre.

Steve abrió la boca respirando entre jadeos. De pronto se estremeció y dobló la cabeza a un lado, expirando.

Jimmy avanzó sobre Guy con el cuchillo en la mano.

—¡Estate quieto, Jimmy!

El mudo no obedeció la orden, y Guy tuvo que retroceder, aunque seguía conservando la pistola en la diestra.

—Puedo disparar contra ti, Jimmy. No me obligues a hacerlo. ¡No me obligues! Harry, el cómplice de Steve, estaba en suspenso,

contemplando la escena.

De pronto, la puerta de la casa se abrió, y Glenda apareció en el porche.

El mudo se quedó inmóvil y alzó los ojos mirando a la joven. Al cabo de un rato bajó el brazo armado y permaneció así, mirando a la mujer de la que estaba enamorado. Poco a poco fue abriendo la mano con la que esgrimía el cuchillo, y al fin éste cayó a tierra.

Una voz ronca preguntó desde la cancela.

—¿Qué es lo que pasa aquí?

Guy miró en aquella dirección y reconoció al inspector McDonald, el cual avanzaba seguido de dos agentes.

* * *

Glenda estaba sentada en el jardín que circundaba su casa de campo en Escocia. Un sol suave, primaveral, dulcificaba aquel día de invierno.

Oyó voces. Una de ellas era la de Guy. Procedían de un lado de la verja.

Volvió la cabeza hacia aquel lado. Frunció el ceño al ver a la mujer que acompañaba a Guy. Era una pelirroja de curvas exuberantes. Los dos estaban en el jardín de Kathy, aquella simpática anciana.

Al cabo de un rato, Guy estrechó la mano de la pelirroja y regresó a su casa. Glenda lo vio dirigirse hacia ella esbozando una sonrisa.

—Hola, querida —dijo Guy, y agachándose, la besó en la boca.

—¿Quién es la pelirroja?

—Una sobrina de Kathy. Vino a pasar unos días.

—Parece simpática, ¿verdad?

—Muchísimo.

Glenda se levantó de la silla.

—No ocurrirá.

—¿A qué te refieres?

—Nos volvemos a Londres.

—¿Cómo? Pero si sólo hace una semana que estamos aquí...

—Terminarás tu comedia en nuestro nuevo apartamento.

—Pero ¿qué mosca te ha picado?

Ella miró hacia el jardín de Kathy, donde la pelirroja estaba haciendo gimnasia, y con cada movimiento hacía resaltar sus

formas.

Entonces se acercó a su marido y le echó los brazos al cuello.

—Estoy completamente curada, Guy, pero ya no puedo fiarme de las pelirrojas.

Guy soltó una carcajada, y abarcando a su mujer por la cintura, la besó fuertemente en la boca.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de **Miguel Oliveros Tovar**, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa. Otro seudónimo fue el de «*Miguel Romano*» (para novelas rosas) o el de «*Bronco Mike*»

(para la editorial argentina Trébol).